ADRIAN M. AREVALO

EL CRIMEN

DE UN

Rábula

Novela histórica nacional.

SAN SALVADOR

IMPRENTA "AREVALO"

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

A los Señores

Gral. Don Horacio Villavicencio

y

Don Galixto Velado,

Respetuosamente dedica
las siguientes pàginas.

EL AUTOR.

Biblioteca Nacional
SAN SALVADOR
REPUBLICA DE
EL SALVADOR,
AMERICA CENTRAL

BIBLIOTECA NACIONAL
DE EL SALVADOR

LA
863
M519
1899
SLV
106337

PROEMIO

HACE ya algún tiempo que don Adrián M. Arévalo viene dándose á conocer en la prensa del país, publicando sus ensayos, ya en prosa, ya en verso, habiendo obtenido muchos de ellos el honor de ser reproducidos por importantes revistas del exterior.

Hoy se dedica con ahinco á cultivar un ramo de la literatura que, hasta ahora que sepamos, nadie ha cultivado entre nosotros: la novela histórica. Se inició con LORENZA CISNEROS, que fué bien recibida por

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

nuestro público, que agotó en poco tiempo la primera edición, caso por cierto muy raro en estos países, en donde se ve con menosprecio la labor intelectual de nuestros hombres de letras. Y tómese en cuenta que el señor Arévalo es de los que á fuerza de desvelos, de trabajo ìmprobo, con una constancia inquebrantable y sin tener ninguna escuela, ha llegado á iniciarse en el hermoso campo de las bellas letras; pues la educación del señor Arévalo se ha hecho en el taller: su pobreza no le permitió jamás sentarse en los bancos universitarios ni aun asistir á las aulas de enseñanza secundaria. Todo esto debe tomarse en cuenta por la crítica, que entre nosotros suele llegar hasta la procacidad, cuando médian antipatías personales con los autores.

El presente ensayo de novela his-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

torica da la medida de las aptitudes que para el cultivo de este ramo tiene el autor. El plan es sencillo, el desarrollo natural y los personajes bien delineados. Allí conocereis, á primera vista, la fisonomía asquerosa del usurero vulgar, en Anacleto Mercado; la repugnante y despreciable del tinterillo, que apela hasta el crimen para saciar su sed de dinero, dejando en la indigencia á muchas familias, jugando con la justicia de los hombres: el licenciado Pocasangre es un ejemplo de esta especie. Otra figura que bosqueja en esta obra, es la del médico ramplón y sin conciencia, que por un puñado de monedas lleva á cabo un crimen. En medio de esa podredumbre, entre todas esas sabandijas de la sociedad, sobresale la figura gallarda y simpática de Juan Quintanilla, á quien el cielo premia con el

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

amor purísimo de Elena, la perfumada flor, que simboliza en esta obrita la felicidad.

En estas páginas se notan dos tendencias en el autor: la de moralizar y la de mantener vivo en el corazón del pueblo el fuego sacrosanto del patriotismo, recordándole algunas de sus gloriosas páginas.

Lo repetimos; el señor Arévalo carece de escuela, y lo que da á la estampa lo da sin pretensiones de ningún género, siquiera para levantar, en la medida de sus fuerzas, el entusiasmo por el cultivo de la novela, tan descuidado en El Salvador.

Nosotros quisiéramos que el señor Arévalo no desmayara en su labor, y estudiando los buenos modelos de la novela moderna, colocándose, como dice un escritor, en el terreno de la observación fecunda y variada, que la cultura de la época le pro-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

porciona, dé á su empresa el alcance moral de vincular las costumbres á las ciencias positivas, aplicando la sociología al espíritu del hombre y de las colectividades humanas, para deducir, no el fatalismo sino la realidad natural y lógica de la existencia, los hábitos y las inclinaciones de los séres racionales.

J. A. Solórzano.

San Salvador, 1899.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

ANTES QUE TODO.

Para que las páginas que siguen salgan al gusto de quien tenga à bien leerlas, le encargo—para evitar lo que le pueda sobrevenir después de su lectura—que les vaya quitando lo malo que encuentre en ellas y le agregue lo bueno que les falte, que por cierto esto último, es poco trabajo.

A. M. ARÉVALO.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

I

. . . . . .

Á todo esto, señor licenciado, qué dice usted del estado del enfermo?

—Digo que respondo de su *salvación*, porque habiendo cesado el delirio tiene que ceder la fiebre que lo producía.

—En ese caso, debemos estar tranquilos por lo que hace á los futuros acontecimientos?

—Enteramente.

—Como usted comprende, todo el feliz resultado de nuestros trabajos depende de la más ó menos activi-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

dad que usted despliegue en el manejo de los mismos.

—Por lo que toca á eso, debe usted estar enteramente tranquilo, mi querido don Pío, pues nadie mejor que yo, sabe llevar á un desenlace feliz esta clase de asuntos.

—Bien; pero . . . sabe usted que temo que de un momento á otro se presente el sujeto aquel, y entonces todos nuestros afanes se los lleve el diablo y . . . á nosotros también.

—No tema usted nada. Creo haberle dicho más de una vez, que esta noche se *salva* al enfermo y cuando el amigo Quintanilla vuelva, encontrará á su futuro suegro bajo siete capas de tierra.

Esta conversación, sostenida en voz baja por dos hombres cuyo retrato moral haremos oportunamente, fué interrumpida por la voz de un sirviente que anunciaba la pre-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

sencia de un sujeto que dijo llamarse Anacleto Mercado y que llegaba á enterarse del estado del enfermo.

—No es conveniente recibir en este cuarto á ese hombre, dijo el médico con voz imperceptible.

—Que pase al despacho del señor Flores; y usted procure que no lo vean las señoras.

A esta orden dada por don Pìo, el sirviente se alejò.

—Entonces, lo dejo por un momento.

—Que no sea muy largo.

—Descuide usted.

. . . . . .

En el despacho del señor Flores esperaba á don Pío un individuo, cuya catadura no inspiraba la menor confianza; sin embargo, don Pío lo saludó con suma atención y marcadas muestras de deferencia.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Está ahí el médico? preguntó el visitante.

—Sí; pero su estancia y no en este lugar por cierto, como otras veces, no debe inquietarnos, pues por hoy, ha entrado de lleno al cumplimiento de la parte que le toca: una vez terminada su tarea, ya veremos como nos deshacemos de él.

—Y no supone que usted le pueda jugar alguna mala partida?

Nada de eso; está enteramente confiado.

—Y doña Cándida y su hija?

Cuantas veces se ha suministrado algún *calmante* al enfermo, hemos logrado retirarlas de su lado.

—En ese caso, es segura la *salvación* del . . . ?

—O la condenación, que para nosotros lo mismo dá. Lo esencial es que atrapemos la plata y que por cierto ya no tarda la hora.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Ojalá que esto termine cuanto antes—replicó el hombre de fea catadura—pues el negocio se va embrollando de tal manera, que ya desconfío de sus buenos resultados. Además ese maldito médico me infunde cierta desconfianza que no acabará hasta que él desaparezca también.

—Del licenciado es del que menos debemos temer, pues lo tengo bien cogido.

—También él lo tiene á usted.

—Pero dada la actividad con que trabaja, creo que habrá olvidado ya el percance que tuvimos.

—Y no le ha precisado la hora en que el enfermo se marcha al otro barrio?

—Dice que no pasará de las dos de la mañana.

—En ese caso, todo debe estar preparado para que usted se apode-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

re de esos papeles en los cuales, según me ha dicho, consiste su fortuna.

—Por lo que es eso, no tema usted, que todo lo tengo perfectamente arreglado. Además, los papeles están en la misma alcoba del enfermo, dentro de un armario y la llave la tiene el viejo bajo la almohada.

—Entonces, mi querido don Pío, lo dejo, y ya que está metido en este enredo, deseo que salga bien por la cuenta que nos tiene.

—No tenga cuidado que todo saldrá á pedir de boca, pues la ausencia de Quintanilla nos favorece admirablemente.

—Según me han dicho, se encuentra por Pasaquina.

—Siendo así tenemos tiempo para obrar.

—Demasiado.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Tales fueron las palabras cruzadas entre don Pìo y el sujeto de mala catadura, en la entrevista que tuvieron, despidiéndose éste en seguida y prometiendo volver esa misma noche á enterarse de los progresos de la enfermedad que tenía postrado en el lecho á don Ascención Flores, miembro importantísimo de la sociedad migueleña, y que había llegado de la capital con la salud quebrantada, á consecuencia de los contratiempos sufridos en la campaña de Coatepeque, á la cual había asistido por invitación especial del General Gerardo Barrios, Presidente entonces del Estado.

Después del diálogo anterior sostenido en el despacho del señor Flores, trataremos de esbozar á los tres personajes con quienes comienza nuestra obra.

El licenciado en medicina que res-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

pondía al nombre de Benigno Sierra, era uno como hay muchos en esta mi tierra, donde abundan los Bancos y escasea el dinero, es decir una nulidad en lo que concernìa á su profesión de médico y cirujano; por consiguiente las recetas que extendía, daban por resultado, cuando menos, la muerte.

Siempre que era llamado á la cabecera de algún enfermo, sus palabras favoritas eran, al ver al paciente: «El caso es grave; sin embargo, haremos lo posible,» aunque se tratara de un simple resfriado.

Desde aquel momento, el desdichado que tenía la desgracia de caer en manos del licenciado Sierra, debìa sugetarse á un examen que todo podría tener, menos las atentas observaciones del concienzudo facultativo que en realidad quiere salvar la vida del que á sus cuidados se entrega.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

De estos *doctores* á quienes la ley autoriza para asesinar á media humanidad, hemos tenido y tenemos algunos, para y por nuestra desgracia y que si han llegado á tales, ha sido en fuerza de la intriga y de las indebidas complacencias, que nunca como en el presente caso, son tan perjudiciales; pues una vez adquirido por esos bastardos hijos de Galeno el *cartón* ambicionado, se lanzan á llenar de luto los hogares y de cadáveres los cementerios.

Era público en toda la metrópoli migueleña, que, una vez, llamado don Benigno á asistir á una señora en el acto en que iba á ser madre y en el momento crìtico, no pudo hacer más que salir á escape en busca de una *comadrona*, quien salvó á la paciente pero no á la criatura que nació muerta, gracias á los cuidados que *de primera intención* prestó á la

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

paciente el médico Sierra, y eso que decía sér *especialista en partos.*

Tal era el médico que velaba á la cabecera del lecho en que sucumbía don Ascención Flores, que si al principio su dolencia no inspiró cuidado, empeoró de la noche á la mañana, gracias al *encargo especial* de don Pío, de hacer que el enfermo se *salvara.*

Cuando don Pío y el médico hablaban de la salvación del señor Flores, no se crea que se referían á la del cuerpo, si no á la del alma (si es que hombres de tal calibre creen en la vida eterna) pues su objeto consistía en hacerlo sucumbir lo más pronto posible, para apoderarse, según sus negros designios, de los muchos bienes que don Ascención poseía.

Doña Cándida, dignísima y respetable matrona, esposa del enfermo, y su hija Elena, á quien desig-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

naban los elegantes migueleños con el simpático adjetivo de «sultana de oriente», llegaban al extremo de besarle la mano al miserable *facultativo*, cuando decía que el enfermo estaba salvado. En su candorosa ignorancia de lo malo que era, esposa é hija, no comprendían que á su querido deudo lo estaban asesinando.

Por lo que hace al físico del médico Sierra, no podía ser más vulgar y repugnante: de estatura mediana, el abultado abdómen le daba la semejanza de un tonel; no tenía ni señales de barba, si se exceptúan unos cuantos pelos cerdosos que le servían de bigote; su color era algo así, como bronceado.

Rasgo saliente de la conducta moral de don Benigno Sierra, era servil hasta la temeridad con los grandes y estùpido y altanero con los pequeños; además, consumado galan-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

teador de las enfermas jóvenes que caían en sus garras.

Para concluir con este tipo despreciable, diremos que sus honorarios los cobraba religiosamente, aunque los enfermos que asistiera pasaran en peor estado á manos de otro facultativo, cuando no al cementerio. Hé ahí al *parchero* Sierra.

***

No es raro ver, á la hora en que se abren al público los tribunales de justicia, acercarse al juez ó al secretario, á ciertos abogado-tinterillos que, dándose aires de jurisconsultos sin tacha, preguntan—que si ya se practicò la última diligencia para proceder al embargo de bienes de la parte contraria, ó que si se ha visado la planilla de costas presentada con fecha tal, procedentes del juicio

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

cual; que si se ha decretado de conformidad al último pedimento, hecho en el sentido de que se examinen unos testigos (pagados por supuesto) que van á declarar en favor de su defendido fulano.

En una palabra, son un completo arsenal de técnicos jurídicos con los cuales aturden al juez y secretario, dando por resultado que el todo, es nada en dos platos, pues los tales abogados no sirven más que para desplumar á los pobres que tienen que ventilar algún asunto ante los tribunales.

Don Pío Pocasangre, pues es éste al que vamos delineando, había obtenido el título de licenciado en leyes, en el tiempo que estuvo de Ministro un pariente suyo y de Magistrado de la Corte un letrado que aspiraba á la mano de una hermana del estudiante Pocasangre.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

La primera hazaña de don Pío en la carrera del foro, fué defender á un sirviente que había en una casa de comercio, de donde se extraía objos de valor que vendía al mismo don Pío por la mitad de su precio.

En seguida, fué buscado para hacer una partición de bienes que, después de muchas idas y venidas, quedaron en su poder, sin que nadie supiera de que artes se había valido para ello.

Pero cuando quedó completamente delineada su moralidad, fué al saberse que defendía á la parte y contraparte, en un litigio motivado por el dominio de unos terrenos, picardía que descubrieron los interesados, seis años después de haber empezado el pleito y cuando ya se encontraban en la miseria, pues el tal abogado, con máculas solo de él conocidas, habìa logrado que el fundo

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

disputado, pasara á ser propiedad de un tal Anacleto Mercado, agiotista de profesión.

Como se vé, las hazañas de don Pìo en la carrera del foro, no podían ser más vulgares, pero no por eso menos reprobadas y dignas de que su autor llevara el grillete al pié.

La manera cómo esta polilla de los tribunales se había colado en casa de don Ascención, fué muy sencilla:

El padre del rábula fué un excelente sujeto, que desde su infancia cultivó con el señor Flores la más sincera amistad, la que vino á interrumpir la muerte de don Cecilio, padre del tinterillo, dejando á su hijo recomendado á su buen amigo don Ascenciòn.

Hé allí la causa por qué, don Pío, era considerado y visto sin prevención por la digna familia Flores, te-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

niendo, por consiguiente, pleno conocimiento de todos los intereses de don Ascención, y de cómo y en qué términos estaba concebido su testamento, en el cual aparecían como únicas y universales herederas, doña Cándida, su esposa y Elena, su hija, niña que apenas contaba quince años y á quien la galante sociedad migueleña designaba con el simpático adjetivo que hemos dicho ya.

Apoderarse del testamento y reformarlo en sentido favorable para él, era el criminal proyecto de don Pío, para lo cual se había puesto en inteligencia con el *parchero* Sierra, quien desempeñaba su horrible papel á las mil maravillas, según el tinterillo y el sugeto de fea catadura: el repugnante boceto de éste, trataremos de delinear, física y moralmente.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Este hombre, cuya traza lo hacía aparecer cuando menos, como un infeliz necesitado, se apellidaba el *protector de los calaveras inocentes*, pues era el que suministraba fondos á los jóvenes elegantes, que entonces como hoy y como siempre, se lanzan impudentes al fango de los placeres, confiados en la herencia que divisan tras los umbrales de la tumba.

Entre nosotros, propiamente hablando, no se conooen los que adelantan dinero con la garantía de la herencia; pero sí han existido y existen usureros descarados que nada les importa comprar deudas contra el Fisco y no solo contra éste, por la mitad de su valor, cuando mejor le vá al pobre necesitado.

En el *negocio* que venían desarrollando el rábula y el *parchero*, tomaba una parte muy activa don Ana-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

cleto Mercado (nombre y apellido del sugeto de mala catadura), pues del desenlace de la trama infernal tegida por aquellos, dependía que fuera reembolsado de gruesas sumas que era en deberle don Pío, procedentes nada menos que de *gastos imprevistos*, como decía el tinterillo.

Por mi parte—decía don Anacleto—soy enemigo de los extremos cuando no redundan en provecho de mis pequeños ahorros, que tanto me ha costado adquirir.

Yo soy un pobre, que á fuerza de economìas he logrado, si no ser capitalista, al menos vivir así, asì, desahogadito. Mis honrados negocitos me han dado muchas veces, desengaños atroces, pues algunos á quienes he favorecido prestándoles mis fonditos á un interés casi nulo (¡al ciento por ciento semanal!) me han pagado de la manera más inconside-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

rada; pero, qué hacer? Mi corazón es tans ensible, que no puede ver las necesidades de mis prógimos sin remediarlas, y además, mis sentimientos profundamente filantrópicos, se sublevan cuando no me apresuro á *socorrer* á mis semejantes.

Por lo dicho se comprenderá que don Anacleto Mercado, era un vampiro que se alimentaba con sangre de necesitados, gracias á sus descaradas manipulaciones.

Este hombre, sucio de alma y cuerpo, se colaba por las oficinas de gobierno, por los tribunales de justicia, por los talleres y por todos los lugares donde en vez de uno, podía sacar dos, importándole un pito el ser visto por la gente honrada con el desprecio que merecen los que comercian con la usura y el agio; mas á él nada le importaban las consideraciones sociales. Su eterno ideal

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

era el ciento por ciento, cuando menos, y la compra de recibos de empleados hambrientos y necesitados, á quienes el tal don Anacleto *favorecìa*, comprándoles por la tercera parte, lo que les costaba un largo mes de cansancios y sudores.

Estos eran los hijos del vicio y de la infamia, que cual cuervos hambrientos, se cernìan sobre la vida y los intereses de don Ascención Flores, después de haber vuelto éste de la gloriosa campaña de Coatepeque.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

II

Don Ascención Flores, no nació con una fortuna asegurada.

Su padre, aunque rico hacendado de la sección de Oriente, no pudo hacer frente á la decadencia de sus negocios, y se encontraba poco menos que en la miseria cuando el joven Flores salía de la adolescencia.

Sucede algunas veces que la fuerza moral para ver con indiferencia los giros de la suerte, no les es suficiente á los que han saboreado la riqueza y de la noche á la mañana se quedan en la indigencia. Tal le su-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

cedió al padre del joven Ascención.

Al ver que en todos los negocios que emprendía le salían fallidos sus cálculos, dispuso ingresar á las filas militares, empezando su nueva vida con un suceso harto desgraciado por cierto, pues fué la derrota que sufrió nuestro ejército en los campos de «La Arada.»

De allí para adelante siguió entregado por completo á la carrera de las armas y enteramente olvidado de su pobre familia que vivía pasando mil dificultades; pero el joven Flores no se desanimó ante el cuadro de miseria que á su vista se presentaba, y emprendió la lucha por la vida con el ardor que dan los años juveniles, cuando no se han empañado con el hálito mefítico de los vicios y el alma no se encuentra combatida por las torpes acechanzas del mundo.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

«La Ventura», un miserable pedazo de tierra sin cultivo y por consiguiente árida, era lo único que restaba de las muchas haciendas que la imprevisión de su padre, hizo pasar al dominio de prestamistas sin conciencia y sin pudor; pero nuestro joven que no había nacido para vivir bajo el látigo de la pobreza, supo con entereza de ánimo y guiado por la fé y la esperanza, hacer que volviera hácia él el semblante de la caprichosa fortuna y á los pocos años de perseverante trabajo, respiraba en unión de su familia, si no los aires de la opulencia, al menos la bienhechora brisa de una vida desahogada.

Nunca se vieron desairados los anhelos y esfuerzos de aquel que lucha con los embates del destino, llevando por norma su amor al trabajo!

Nunca tampoco se ha visto que

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

la madre tierra se muestre ingrata, cuando la fecunda el sudor del hombre que busca en sus surcos esponjosos, su bienestar y el de los suyos!

Por este tiempo, la hacienda «La Ventura», gracias á los cuidados del joven Ascención, producía de cuarenta á cincuenta tercios de bellísimo índigo, que realizaba á precios subidos y halagadores, pues era la época en que el precioso tinte simbolizaba el mayor elemento de riqueza para el Estado, desde luego que la triste decadencia aun no había llegado para nuestro fruto.

Acumulando las ganancias, sin sujetarse tampoco á ridículas privaciones, pudo á los pocos años, hacer que volvieran al poder de su padre, casi todos los bienes que habían sido arrastrados por la usura y la codicia de los prestamistas y usureros; pero ¡ay! cuando don Sinecio volvió á

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

su antigua opulencia, gracias á los sentimientos generosos de su hijo, no pudo disfrutar ya de las comodidades de aquella, pues su gastada vida llegó á su fin casi al volver á sus haciendas de Oriente.

Con motivo de tan doloroso acontecimiento, quedó don Ascención dueño de una regular herencia, si tal puede llamarse á lo que, mediante sus fuerzas y el sudor de su frente, había adquirido durante el tiempo que su padre estuvo entregado á la carrera de las armas.

La posición social de nuestro personaje vino á aumentarse poco tiempo después de la muerte de don Sinecio, pues el Gobierno, tomando por base los ancedeutes honrosos de don Ascención, lo nombró Gobernador del departamento de San Miguel.

Pero aun le faltaba á Flores dar

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

el último paso para llegar al colmo de la felicidad,—si es que la tal existe sobre la tierra,—y éste lo dió al fin, enlazándose con la joven Cándida, bella y espiritual migueleña, de cuya unión nació la encantadora Elena, que en el momento en que la presentamos, estaba más bella que un crepùsculo matinal del cálido Diciembre . . . . . .

Un acontecimiento inesperado, vino á interrumpir la vida tranquila de la familia del señor Flores, dos años después de lo que dejamos dicho.

A las doce de una oscura noche, resonaron en el zaguán de su casa, unos fuertes y alarmantes golpes que pusieron en movimiento á sus pacìficos moradores, principalmente á doña Cándida y á Elena.

—¿Qué motivará esa alarma á hora tan intempestiva? preguntó doña Cándida.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Ignoro; pero ya lo sabremos, contestó don Ascención, á la vez que saltaba del lecho y se armaba de una pistola de dos cañones.

Dispuesto á defenderse de cualquiera agresión, se dirigió en unión de un sirviente, quien llevaba una vela encendida, á la puerta principal, donde los golpes seguían con mayor insistencia.

—¿Quién es? interrogó don Ascención, con voz fuerte y sonora, antes de abrir la puerta.

—Un exprofeso de la capital, que desea urgentemente entregar á usted una encomienda.

—¿Y por qué no hasta mañana, á la hora de oficina?

—Imposible, señor, el caso es urgentísimo.

—¿Y es á mí solo á quien vienes á buscar?

—También al Comandante Gene-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

tal acabo de entregarle un abultado paquete.

La llegada del Jefe militar del departamento en busca del Gobernador, puso término al diálogo entablado entre el correo y el señor Flores, pues éste se apresuró á franquearles la puerta, dando paso á aquely al Comandante de Armas.

—¿Qué sucede, Coronel Bermudes? preguntó ansioso el señor Flores.

—Nada consolador. Lea usted este pliego que acabo de recibir firmado por el señor Presidente de la Reblica!

El señor Flores tomó el pliego y á medida que iba leyendo, indicaba su semblante que nada bueno contenía aquel papel.

—Bien, dijo al fin, pasemos á mi despacho y allì hablaremos sobre esta delicada cuestión. Haber, da-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

me acá, agregó, dirigiéndose al correo, eso que traes para mí, y vete con Juan (el sirviente). Aquì acabarás de pasar la noche.

Flores y Bermudes se encaminaron al despacho del primero, donde aquel, con mano convulsiva, rompió el sobre del paquete que acababa de recibir

—¡Pero . . . será posible, exclamó después de leer las primeras líneas. Esta es una provocación injusta, desatentada y alevosa que nos hace ese indio imbécil! Lea usted, lea usted Bermudes.

Lo sustancial de lo contenido en el pliego, era:

"El Presidente de la República de Guatemala don Rafael Carrera, se encuentra en Jutiapa, próximo á invadir nuestra República, á la cabeza de seis mil hombres poco más ó menos. En las relaciones de mi

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Gobierno con el guatemalteco, no encuentro razones que justifiquen semejante atentado, que castigaré como se merece. En tales circunstancias, quiero que usted, mi querido Flores, se venga sin pérdida de momento, en unión de Bermudes y con las fuerzas migueleñas, pues hombres como ustedes son los que deben compartir conmigo la gloria de haber lanzado á su guarida á esa horda de salvajes que nos amenaza. Las funciones de Gobernador las puede encomendar al señor Alcalde municipal, así como Bermudes dejará el mando militar á Montenegro, actual Mayor de Plaza.''

''Estos son los deseos de su afectísimo amigo,

Gerardo Barrios.''

Casi en los mismos conceptos se hallaba la comunicación recibida por el Coronel Bermudes, con la di-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

ferencia de á que éste lo trataba el Presidente como á subalterno y al señor Flores como amigo.

Al siguiente dìa, la población de San Miguel, tomó un especto alegre y bullicioso, pues siempre que se ha tratado de la defensa de nuestros derechos atropellados por algún canalla afortunado, los salvadoreños volaron al campo del honor, sin que les atormentase la idea de caer en la arena del combate.

Hé aquí, pues, la primera sombra que vino á empañar la felicidad en el hogar de don Ascención Flores.

Don Pío fué el primero que llegó al amanecer, á casa del señor Flores, á enterarse de los acontecimientos que conmovían á la metrópoli migueleña.

—Don Ascención, dijo el tinterillo titulado, yo seré el primero en acompañar á usted, pues me será

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

muy grato cumplir á su lado con los deberes que impone el patriotismo.

—Muy bien, amigo don Pìo, acepto su compañía: esta madrugada marchamos; pero antes, quiero dejar constancia de mi última voluntad, porque el que va á la guerra es fácil que no vuelva. Usted como abogado y sabedor de lo que constituyen mis bienes, puede extender ese documento en pocas horas; sabe usted tambien que no tengo compromisos con nadie y que mis ùnicas y universales herederas son mi Cándida y mi Elena.

—Don Ascención, contestó el licenciado, yo creo que no hay necesidad de llegar á ese extremo.

—Y si yo llego al de la muerte?

—Bien mirado, no deja de ser lógico su razonamiento, replicó don Pío, después de una pausa. Hoy mismo hablaré á mi colega Zapata,

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

y yo y cualquier otro amigo, seremos los testigos.

Zapata era otro abogado de la misma calaña de don Pío.

Haga quien hiciere mi testamento, me es indiferente, lo único que quiero es que no se entere nadie de ese paso y que cuanto antes quede terminado, esa madrugada nos marchamos, como le dije antes.

—Muy bien, señor Flores, hoy mismo quedará terminado ese importante documento y nadie dará razón de su existencia.

Con este encargo, el tinterillo no pudo menos que enorgullecerse y formar en su mente tenebrosa, mil planes de ambición para el futuro, aunque para realizarlos aun no contaba con los medios; pero la clase de hombres como don Pío, llegan hasta el crimen pasando sobre todos los preceptos de la moral, con tal

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

de realizar sus planes de rapiña.

A las siete de la noche de ese mismo día, estaba concluido el testamento, cuyo contenido había hecho germinar en las entrañas de don Pío el hambre devoradora de hacerse rico, aunque para ello tuviera que hacer uso de la infamia.

Don Ascenciòn tomó el documento, estampó su firma al pié y lo guardó bajo llave en un armario, á la vez que decìa al rábula, ageno á la codicia que lo devoraba:

—Muy bien don Pío, todo está perfectamente arreglado, por consiguiente esta madrugada nos marchamos.

Con este propósito, el tinterillo se dirigió de la casa del Gobernador, á la del usurero Mercado, á quien ìmpuso de las novedades del dìa y además, de su marcha para la capital en unión del señor Flores. Con

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

tal motivo—agregó—necesito que usted me habilite con quinientos pesos para la marcha.

—Poco á poco, contestó el usurero, después de dar un salto sobre su desvencijado asiento.—si doy á usted esa suma, que por cierto no tengo, no podrá usted pagármela nunca, ni con los pelos de la cabeza.

—No se trata de hacer cuentas; lo esencial es que cuanto antes se encuentren en mi bolsillo esos quinientos pesos. Usted sabe muy bien que estoy dispuesto á reconocerle el doscientos por uno.

— Pero que me importa á mí señor don Pío, que me reconozca el doscientos ó el mil por uno, cuando no tengo esperanzas de reembolsarme nunca ese dinero?

—Pues sepa usted que, ahora, estoy en vísperas de pagarle centuplicadas todas mis cuentas.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—¡Cómo! Don Pío Pocasangre se ha vuelto milionario como quien dice, de ayer á hoy?

—Me da ó no los quinientos pesos?

—Sí, amigo mìo, si se los daré; pero antes es bueno saber la manera cómo . . . . . .

—Sí, se la diré; pero sepa que es un secreto que si lo divulga, todo se habrá perdido, dijo don Pío, tan despacio que solo pudo entenderse por la contracción de los labios.

—Hable usted con entera confianza, yo soy una tumba cuando se guardan las cenizas de un secreto.

—Pues sepa, señor don Anacleto, que hizo su testamento el Gobernador Flores, por si acaso el viaje que va á emprender esta madrugada se hace eterno.

—Pero como usted no es ni pariente del señor Flores, no veo claro el punto á donde quiere ir usted á

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

parar. Me equivoco: el punto son los quinientos *patacones* que solicita, no?

—Pues sepa señor mío, que entre los legados consignados en ese documento, el principal es el que le toca á su afectìsimo.

—Pero cómo lo sabe usted?

—Creo, señor Mercado, que usted ó no me comprende, ó si me comprende, se hace el *dundeco*.

—Francamente, no comprendo.

—¿Y no sabe usted que soy abogado y notario público?

¡Ah! . . . . . como no; todo lo comprendo ahora; usted habrá manipu . . . . . .

—Cabal; pero ya sabe que esto queda entre los dos.

—Mas oiga usted, don Pío, y si el señor Flores, como es muy probable, no muere tan pronto, yo tendré que esperar hasta el día del juicio?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Nada tenemos que ver con que muera pronto ó cuando èl quiera. Si sucumbe en Coatepeque, tendrá usted su dinero á la vuelta de dos meses y si regresa, será en cuatro más.

—Permìtame don Pío que le diga. . . . . francamente, no veo claro.

—Sencillamente que si vuelve sano y salvo el Gobernador, le entablo demanda para que me haga efectivo lo consignado á mi favor en el testamento que acabamos de firmar.

—Sea como fuere, voy á dar á usted el dinero.

—Cabal; por ahí debió usted comenzar.

—En cuestión de intereses, no hay que ir tan de prisa, mi querido don Pío.

Como habrán comprendido los lectores, todo el palabrerìo que empleò el rábula para sacar al usurero los

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

quinientos pesos, no era más que pura farsa, pues en el testamento no existía ningún legado á su favor; pero como el crimen germinaba ya en la mente del tinterillo, podía emplear bien toda la astucia y la intriga rastreras para arrancarle el dinero al usurero.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

III

—En la punta de las bayonetas guatemaltecas vienen los entorchados de Brigadier, ¿no es así Coronel Bermudes?—decía el General Gerardo Barrios, dirigiéndose al Comandante del departamento de San Miguel que acababa de llegar á la capital.

—Pero también puede venir la muerte, mi General.

—¡Cómo! Tan poca confianza tiene usted que triunfemos, y que lloren la eterna ausencia los seres que nos son queridos?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Mi General, el triunfo será absolutamente nuestro; pero no por eso dejaremos de tener muertos en nuestras filas y bien puedo ser yo uno de ellos.

—Nada de presentimientos tristes; pensemos en nuestra victoria y Dios que disponga de lo demás. ¿No le parece así, amigo Flores?

—Estoy enteramente de acuerdo con usted, General, pues al defendernos de esa injusta agresión, no debemos pensar sino en castigar á esos miserables que vienen á interrumpir la marcha de nuestro progreso.

—Ya oye usted, mi querido, Coronel? Nada más cuerdo que el razonamiento de Flores.

—Repito que el triunfo será absolutamente nuestro; pero no por eso se dejará de verter sangre.

—Veo, replicó el General Barrios, que Bermudes ha venido poseído de

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

presentimientos penosos y sombríos.

—No son tan sombríos que digamos, General; mas no me negará usted que en las simples escaramuzas hay siempre lamentables víctimas, ya no digamos en combates en que entran en acción cinco mil y tantos hombres.

—Ya calmaremos sus temores, mi Coronel, dándole un puesto en donde no corra peligro.

—¡Ah, General! Si me expreso así no es por lo que pueda sucederme sino por mis compañeros.

—Muy bien, Bermudes, demasiado conozco el valor y arrojo de mis capitanes; pero por hablar de asuntos que harto conocemos, me había olvidado, amigo Flores, de preguntar á usted cómo quedan sus intereses. Me han dicho por allí que usted es el Creso de la Sección de Oriente.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Esa es una exageración que rechazo, y la prueba de que no son gran cosa los tales intereses, es que bastaron unas pocas horas para que quedaran arreglados.

—Según eso, sus familiares quedan arreglados por si usted no vuelve?

—Sì, General, quedan arreglados.

—Bien, eso se llama ser previsor.

En este momento se presentó un Ayudante llevando un pliego cerrado que entregó al Presidente, á la vez que decìa:

—Un correo especial de Coatepeque ha traído ese despacho y espera la respuesta en la sala de ayudantes de su Excelencia.

El Presidente tomó el pliego y después de leerlo ligeramente, dijo:

—Señores, en este pliego se me da cuenta de los avances de las tropas invasoras; á la fecha han tras-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

pasado el río de «Paz». Pero no importa, vienen presurosos en busca de su tumba. Que avancen: nuestros campos de Coatepeque recibirán un magnífico abono, pues allí los esperaremos y aseguro á ustedes, bajo palabra de Gerardo Barrios, que de allí no pasarán.

—Por cierto que esa es nuestra firme convicción, contestaron Flores y Bermudes.

—Ustedes saben perfectamente que—desde que ascendí al poder supremo, conocí la necesidad de la conservación de la paz, y he procurado afianzarla de todos modos; ningún jefe salvadoreño ha dado como yo, más muestras de amistad al de Guatemala, y son pocos los que con religiosidad y esmero hayan cuidado tanto como yo, del cumplimiento de los pactos existentes entre las dos Repúblicas; pero así que mi política

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

y operaciones en el Gobierno no cuadraron al de Guatemala, comencé á sentir su destemple y falta de simpatía. No pasó mucho tiempo sin que se dejara ver la secreta hostilidad contra mi Administración; ya subvencionando periódicos desconocidos antes en aquella República; ya permitiendo el armamento de los emigrados en la frontera; ya cometiendo actos de hostilidad en la «Gaceta Oficial»; ya en fin, amparando criminales reclamados, y eludiendo los tratados existentes.»

Así hablaba el Jefe del Estado á Flores y Bermudes, después de haber dicho lo mismo á la Representación Nacional, convocada extraordinariamente con motivo de la agresión guatemalteca, cuando cambiando de tono, repúso:

—Y dígame Flores, Cándida y Elena decidieron al fin venirse?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Sì, General, Cándida dijo que estando en San Miguel, le sería difícil enterarse de nuestra situación, dada la distancia que nos separa, y aferrada á esta idea, me fué imposible que desistiera del viaje.

—Asi es que de hoy á mañana?

—Las tendremos en la capital.

—Magnífico: aquí se hospedarán, pues para mí será muy grato que se aumente mi familia con ese par de flores de nuestro jardín de Oriente.

—Gracias, General; acepto el ofrecimiento, pues en ninguna parte estará tan bien guardado como aquí el gran tesoro que constituye mi fefelicidad.

—Elena debe estar en la plenitud de sus encantos, pues cuando estuve por allá, ya era considerada como una de las primeras bellezas migueleñas.

Simples exageraciones de los ele-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

gantes migueleños, General, que por fortuna, no han encontrado eco en el corazón de la muchacha.

—No son simples exageraciones, dijo Bermudes; yo puedo justificar ante el tribunal de la belleza, que Elena es uno de los primeros ornamentos de la sociedad migueleña y hoy, al venirse, creo que aquello quedará semejante á un salón sin luz que lo ilumine.

—Siempre galante, mi Coronel Bermudes.

—No, General; cuando de justicia se trata, yo soy el primero en aplicarla. El señor Flores debe estar orgulloso de tener á dos ángeles por familia, pues Cándida y Elena son en verdad, dos encantadoras criaturas.

—No lo niego, dijo don Gerardo; mas por lo que escucho, parece que Bermudes quiere ser . . . . . .

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Nada más que el pregonero de la hermosura de Elena y uno de sus tantos admiradores.

—¿Qué dice usted de todo eso, amigo Flores?

—Digo como siempre, que es mucho lo que se exagera y que Bermudes, al ponderar la hermosura de mi hija, no hace más que aumentar el número de los que aturden á Elena con sus contínuas alabanzas, que, como dije antes, no encuentran eco en su corazón.

—Yo nunca tributo alabanzas á quien no las merece.

—Ya veremos objetó don Gerardo, pues la que motiva esta discusión no tardará en llegar y entonces yo fallaré dando á cada uno lo que es suyo.

Esta plática amistosa y jovial, fué interrumpida por segunda vez por la presencia del mismo ayudante,

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

con otro pliego que entregó al General Barrios.

Don Gerardo leyó para sí el contenido del segundo pliego y luego dijo:

— Por lo visto, á Carrera le tarda la hora de estrellarse en nuestras fortificaciones, pues según se me comunica en este otro pliego, ya se encuentra inmediata á Chalchuapa la vanguardia de su ejército, y con la mayor indiferencia, agregó: Está bien, que avance, que según creo, no es eso lo que preocupa á mi Coronel Bermudes sino el enemigo que viene por Oriente.

Barrios aludía á Elena, pues en las palabras del Coronel había notado que amaba á Elena, y por cierto que no estaba equivocado, pues Bermudes sentía una pasiòn intensa por la joven y era él mismo quien había intrigado en el ánimo de doña Cáu-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

dida para que se viniera con Elena á la capital en seguimiento de Flores.

Por otra parte, Elena tenía predilección por Juan Quitanilla, simpático y elegante joven de la alta sociedad migueleña, á quien Bermudes aborrecìa por la sencilla razón de que «se decía» que Quintanilla era el novio de Elena, aunque ambos jóvenes no se habìan dicho nada de amores más que con los ojos; pero . . . . ¿dónde hay lenguaje más expresivo?

Bermudes se dijo,—ella se marcha y Quintanilla se queda, así la tendré yo más cerca y el más lejos, destruyendo, ó al menos entibiando, el afecto que existe entre los dos. . .

. . . . . .

. . . . . .

Al siguiente dìa de lo que dejamos dicho, entraba por la calle principal del barrio de Concepción, una

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

numerosa comitiva de caballeros rodeando á dos gentiles amazonas, que montaban en briosos alazanes,—eran Cándida y Elena que llegaban á la capital. A la par de la segunda, venía un joven moreno, á quien apenas le apuntaba el bozo, montado en un indómito retinto—era Juan Quintanilla que venìa tambièn de la metrópoli oriental, en unión de la familia del señor Flores.

La gallarda cabalgata no paró hasta llegar á casa del Presidente de la República, en donde se hospedaron doña Cándida y su hija y Juan Quintanilla, pues era ahijado de don Gerardo.

La contrariedad que sufrió Bermudes con la presencia de Quintanilla, nada menos que en unión de la familia de Flores, fácilmente puede comprenderla el lector.

Desde aquel momento cruzaron

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

por su mente mil planes á cual más tenebrosos; pero todo su furor tenía que estrellarse en la impotencia, á menos que se valiera de armas contrarias al honor, pues Quintanilla, aunque era Capitán del Ejército, no estaba de alta y además tenia la protección nada menos que del General Barrios.

A la noche siguiente, dispuso don Gerardo que se diera un baile en honor de sus lindas huéspedas y en despedida de los jefes que marchaban á Coatepeque. Como era natural, á la fiesta asistió lo más brillante de la sociedad san salvadoreña, en donde Elena reanudó sus antiguas relaciones con sus amigas de colegio, pues casi todas estuvieron presentes.

En aquella noche espléndida y feliz, Juan Quintanilla y Elena Flores traspasaron el umbral de las ti-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

mideces y llegaron radiantes á la mansión de las eternas promesas; no esas promesas baladíes, sino aquellas que si el destíno azota airado, no se echan al polvoriento saco del olvido, sino que van á la tumba guardadas en el pecho de los que las hicieron.

En esa "noche de flores, de luz y armonìa", se clavó también en el alma del Coronel Bermudes, la terrible y envenenada zaeta de los celos y juró echar por tierra todo lo que significára felicidad para los jóvenes.

Para ello, se proponía hacer uso de su influencia como jefe superior y la calidad de Capitán, de Quintanilla, armas por cierto demasiado vulgares; mas sus cortos alcances en materia de amor no le proporcionaban otras.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

IV

—Ha visto usted, don Pìo, cómo han gozado Quintanilla y Elena?—dijo Bermudes al salir del baile al Licenciado, pues también él habìa asistido, aunque en segundo término.

—Sí por cierto, y nada me parece más natural, pues ambos son jóvenes.

—¿Y qué deduce usted de eso?

—Deduzco el futuro enlace de Elena con Quintanilla, si Dios ó el diablo no disponen otra cosa.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

034451

—Así es que para usted, esa unión es un hecho?

—Según las demostraciones de esta noche, es preciso tener las entenderas muy cortas para no comprender que esa unión se realizará tarde ó temprano.

—Pues ha de saber usted, don Pío, que yo estoy enamorado de Elena hasta el grado de . . . . quièn sabe, yo no sé lo que pueda suceder!

—¡Mi amigo Bermudes, eso que usted me dice, es ella quien debe saberlo, ó mejor dicho, á ella debe usted decìrselo!

El pícaro tinterillo también vió á los jóvenes en íntima conversación, y su perspicacia de abogado de mala ley lo hizo comprender bien pronto, que la unión de Quintanilla con Elena era un grandísimo obstáculo para realizar sus míseros planes.

Considerándose impotente para

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

luchar con Quintanilla, pues éste se encontraba á inmensa altura del pobre abogadillo, se propuso exasperar el ánimo del Coronel.

La ocasión se presenta de lleno—dijo para sí el rábula,—á Quintanilla es fácil hacerlo marchar á la guerra, dada la altivez de su carácter y . . . y, puede ser que no vuelva, así como es difícil é imposible que Bermudes se case con Elena. De todos modos, el campo me quedará libre, porque al amigo Flores, ya buscaré el medio de hacerlo «visitar el otro barrio»; y creo que el bueno de Mercado no me tachará de incumplido.

—Con que sí, amigo Bermudes, usted se propone . . . . . .

—Impedir ese matrimonio á todo trance, aunque me vea obligado á poner en práctica medios violentos.

—Y Elena sabe que usted . . .

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Nunca ha escuchado de mis labios una declaración de amor.

—En ese caso, dudo de su triunfo, amigo mío; porque si nunca le ha dicho usted amores, claro está que ella, no siendo sábia, no podrá adivinar sus propósitos, mi Coronel.

De tal manera conversando, llegaron al hotel donde se hospedaban, en la misma pieza, Bermudes y don Pío.

—Y bien, no se acuesta usted, dijo el abogado, arrojándose en su lecho.

—No, me sería imposible conciliar el sueño; mi sangre hierve semejante á un caldero y mi pecho es una candente fragua donde mi corazón se consume!

—Veo mi Coronel, que á usted le falta lo principal que en estos casos se necesita.

—¿Y qué es ello?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—La calma, amigo Bermudes y la serenidad de criterio.

—Hay circunstancias, don Pío, en que el criterio y la calma están á mil leguas de distancia.

—Pero nada logra usted con desesperarse, antes de llegar al terreno de los desengaños; declare su amor á Elena y entonces ya tendrá á que atenerse, mientras tanto, usted está representando un papel ridículo.

—¿Y qué tiempo me queda?

—Para eso hay de sobra; según sé, no ha dado el Presidente la orden de marcha, y esto lo sabe usted mejor que yo.

—¿Pero cómo lograr un momento propicio?

—Pues si de todo desconfía, abandone el campo á Quintanilla, quien, por lo visto, ya tomó posesión del corazón de la muchacha.

—Eso nunca! En cuanto ena-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

nezca, me dirigiré á Palacio y buscaré la ocasión de hablar con Elena, y si descubro que es Quintanilla dueño ya de sus afectos, lucharé con armas legales y decentes, hasta el último momento, y si éstas no me son propicias usaré de la intriga hasta lograr que Elena sea mía.

—En materia de amor, amigo Bermudes, el fin justifica los medios; por consiguiente, no seré yo quien le aconseje lo contrario.

—Supongo que en esta lucha, usted estará de mi parte?

—En cuerpo y alma, Coronel; pero por hoy, creo conveniente que nos acostemos, no tardará la aurora en despuntar por Oriente, como dicen los poetas.

—Es inútil; yo no podré dormir. Mientras tanto, voy al cuartel á visitar mi batallon.

—Bien, y ojalá que la brisa de la

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

mañana refresque su acalorado cerebro.

Apenas Bermudes había traspasado el umbral de la habitación, saltó del lecho el tinterillo y con inmenso regocijo exclamó:

—La pasión insensata de Bermudes por Elena, viene á aumentar las probabilidades del éxito feliz de mis trabajos. Los celos del Coronel darán fin de Quintanilla y las *preparaciones* que le encargaré á mi amigo Sierra, proporcionarán el «descanso» al ricacho Flores. . . . .entonces . . . . ¡Ah! entonces el testamento del Gobernador caerá en mis manos y héme allí desplegando mis profundos conocimientos en la carrera del foro! . . . . Estaba escrito: yo no nací para vegetar en el triste erial de la miseria, ni para vivir encorvado bajo el látigo de la pobreza, pues hoy la opulencia me

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

sonrie. ¡La Ventura! . . . . . ¿Por què no ha de ser mìa esa bellìsima hacienda, hoy que el Gobernador la ha convertido en un paraiso? . . .

Gran sorpresa le espera á esa vanidosa sociedad migueleña, cuando sepa que yo heredo al amigo Flores!

Así monologaba el miserable rábula, importándole nada las muchas consideraciones que le guardaba la familia de Flores y en particular éste, tantas, que, gracias á su influencia, había logrado que le dieran un importante empleo en el ejército.

Rendido por la fiebre que le producían sus locas ambiciones y cansado de cruzar su cuarto en todos sentidos, se arrojó al lecho, cuando ya el Oriente comenzaba á teñirse de ese ténue color que anuncia el nuevo día . . . . . .

. . . . . .

A las diez de la mañana, poco más

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

ó menos, volvió el Coronel Bermudes; á esa hora aun dormía don Pío, lo que hizo exclamar al Coronel:

—Yo me serviré de este abogadotinterillo, gracias á la confianza que tiene en casa del señor Flores. Por hoy, lo ocuparé en el plán que quiero desarrollar esta noche, pues no marcharemos á Coatepeque sino hasta segunda orden.

En ese instante despertó don Pío con el semblante alterado, pues dijo haber soñado cosas horribles.

—Cómo, tan pronto de vuelta, mi Coronel?

—No tan pronto, pues son las diez de la mañana.

—Entonces he dormido siete horas?

—Cabal, á las tres se acostó Ud.

—Y cómo van sus asuntos amorosos?

—Malditamente, don Pío.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Según eso, ya libró usted el primer combate ante las fortificaciones de su tirana Elena.

—Sì, por cierto, y he sufrido la más triste derrota.

—Por supuesto que usted trataría de asaltar la plaza á la primera embestida.

—No tanto, porque si le he de hablar con franqueza, le diré don Pío, que he hablado á Elena como por encargo.

—¡Ah! ¿Y qué le ha respondido su dulce tormento?

—Con un acento que me heló la sangre y un aplomo que crispó mis nervios, me respondió:

—Amigo Bermudes; sin saber quien sea esa persona de que usted me habla, le diré que en caso que yo pensara alguna vez en celebrar amorosos coloquios, serìa con. . . .

Juan Quintanilla.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Ciertamente, Elena —le contestè— anoche la ví á usted en interesante conversación con Quintanilla, y digo interesante, porque estaban como «olvidados del mundo y de la vida.»

—Evocando recuerdos, nada más.

—Recuerdos que para jóvenes como ustedes, son la senda florida por donde se llega al altar.

—Puede que así sea, mi apreciable Coronel.

Hasta aquí, amigo don Pío, la conversación con Elena —prosiguiò Bermudes— pues en ese momento entró el señor Flores al salòn donde estábamos y tuvimos que cortar la conversación; ¿pero á qué seguirla, convencido ya de que Elena, tiene sus compromisos con Quintanilla?

—Así es que usted no se descubrió?

—Absolutamente.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Pues en ese caso, no todo se ha perdido.

—Y qué podemos hacer?

—Que Quintanilla marche á la campaña.

—Estoy seguro que don Gerardo no consentirá, pues lo quiere como á su propio hijo.

—Coronel, usted sabe que Juan Quintanilla es de carácter altivo, por consiguiente, no hay más que picar su amor propio; ya que usted no se ha declarado á Elena, no creerá tampoco que es usted quien quiere quitarlo de enmedio.

En este momento entró un sirviente del hotel, llevando una bandeja con dos copas que contenían sabroso zazafrás de la Antillón, que era entonces la bebida favorita y que Bermudes pidió antes de entrar.

Una vez apurados los tragos, don Pío continuó:

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Hemos convenido en que yo le ayudaré en la presente lucha; si usted quiere esta misma noche la emprendemos y, tengo para mí, que sin la menor violencia, haremos que Quintanilla marche á Coatepeque.

—Y cómo nos entenderemos? Yo no quiero que se trasluzca la menor intriga.

—No tenga cuidado, Bermudes, al calor de la conversación que esta noche sostendremos en casa del Presidente, nacerá en Quintanilla la idea de marchar en nuestro batallón, y por cierto que don Gerardo se verá obligado á acceder á las exigencias del Capitán. Yo me comprometo á poner en sus manos, mi Coronel, al amigo Juan, convertido en su Ayudante de Campo; después, ...allá vea usted cómo se las compone.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

V

En un salón de régia y severa elegancia de la morada presidencial, departían en plática sabrosa y de confianza, el General Barrios, don Ascención Flores y doña Cándida, mientras Elena arrancaba á un piano vertical que en un extremo de la sala había, notas sonoras y melodiosas.

—Si no volteas pronto las hojas de la sinfonía talvez me equivoque.

—Y cómo quieres que me fije en la solfa sino hay más música para mí que tu suavísimo acento?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Ya sabes, Juan, que en San Miguel me tenían aturdida las alabanzas.

Sí, porque no era la sinceridad quien te las prodigaba.

—Vuelve la hoja que ya llego al último compás!

Bajo la suave presión de los rosados dedos de Elena, el piano lanzaba gemidos que repercutían en el enamorado corazón de Quintanilla, embriagándolo más y más en el celestial perfume que se desprendía de aquella adorable criatura, á la cual en la noche anterior le había jurado ir con ella á postrarse á los pies del ministro del Señor en busca de la ansiada bendición, símbolo de suprema y eterna alianza.

Perdidos en el florido vergel donde habita la esperanza y donde los dulces frutos que se recojen son santas promesas que al corazón alimen-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

tan; vagando por los collados eternos donde la armonía de los tiernos afectos de las almas que se aman, se transforma en nube de oloroso incienso que sube al Eterno en busca de la eterna ventura; perdidos, allá, en el rosado horizonte de la dicha sin término y columbrando en las azules lejanías del porvenir el alcázar de Himeneo . . . . . aletargada la materia al impulso de las sublimes expansiones del alma! . .

El éxtasis feliz en que se encontraban Juan y Elena, fué interrumpido por la llegada del Coronel Bermudes y de don Pìo.

Elena calló el piano, llevándose envueltas en sus últimos acordes, las risueñas líneas de aquel idilio del alma que acababan de tener nuestros jóvenes, en el florido campo de su fantasía.

En la mirada que Bermudes diri-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

gió á Quintanilla, después de saludar á todos los presentes, pudo haberse visto el odio concentrado que cual planta maldita, germinaba en el alma del Coronel; pero solamente el abogado se apercibió de aquella mirada de pantera, en la cual iba envuelta la zaeta de los celos.

Las personas de alma generosa y corazón sincero, no ven en el semblante de las demás gentes, nada que redunde en perjuicio de sus semejantes.

—Y qué nuevas tenemos, mi General? preguntó Bermudes á don Gerardo.

—Nada que nos inquiete, mi querido Bermudes. Hasta la fecha, Carrera no ha pasado de los alrededores de Chalchuapa. Bracamonte y otros jefes, lo esperan en Coatepeque, con unas cuantas bocas de fuego, para saludar á esos visitantes

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

importunos. ¿Y nuestros valientes migueleños qué tal se encuentran?

—Aguardando la hora de volar al combate. Hoy, esta madrugada, y mientras don Pío dormìa, yo me dirigí al cuartel á dar un vistazo á nuestras tropas, y el entusiasmo fué grande, pues creían que mi presencia allí era precursora de la marcha.

—Ya calmaremos la impaciencia de nuestros valientes; no es verdad, don Pío?

—Sì, señor, pues, cuanto antes, quisiéramos estar al frente de esa canalla miserable, que para su desgracia, dispuso pisar el suelo salvadoreño.

—Por lo visto, todos estamos impacientes porque llegue la hora de combatir, exclamó el señor Flores.

—¿Y el amigo Quintanilla, no ha dispuesto acompañarnos? dijo Pocasangre, recalcando las palabras y

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

llevando la conversación al terreno que deseaba.

—¡Ah, no, respondió Elena, con tímido y ansioso acento; lo que es Juan no irá á la guerra. ¿No es así don Gerardo?

—Eso está á la entera voluntad de mi ahijado.

—Y bien, mi querido Capitán— dijo don Pío, entrando de lleno en el desarrollo del plán que de antemano se había formado—no piensa usted blandir su espada y lucir sus presillas en la presente contienda? Brillante ocasión se le presenta para figurar en el escalafón de nuestro Ejército con el grado de Coronel y, supongo, que no será usted quien la desprecie.

—Ciertamente, don Pío, la ocasión es halagadora; pero no pienso aprovecharla, por la sencilla razón de que no asistiré á la presente gue-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

rra; además, yo no ambiciono galones.

—¿Qué dice usted de eso señor Flores, no le parece que la evasiva del amigo Quintanilla no tiene razón de ser, siendo que es Capitán del Ejército?

—Ciertamente que soy Capitán del Ejército, respondió Quintanilla, sin dar tiempo á que el señor Flores hablara; pero usted convendrá conmigo en que á la defensa de la patria no solo con sangre se contribuye sino también con dinero, y en esta ocasión mi padre ha dado una fuerte suma; pero eso no es por cierto el fundamento de mi ausencia de las filas del Ejèrcito.

Bermudes que hasta allí no había dicho ni media palabra, dijo con cierta ironìa:

—Lo que quiere decir que nuestro Capitán se parapeta trás un pú-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

ñado de dinero, aunque él no quiera que se comprenda así.

—Le diré á usted, señor Bermudes, que no es el dinero que mi padre ha dado, trás el cual me parapeto, como maliciosamente dice usted, si no otra clase de asuntos que no importan más que á mí, los que me impiden la marcha.

El joven Capitán al sostener esta conversación, dirigía á Elena tiernas miradas amorosas, las que claramente indicaban pasadas y futuras confidencias.

Elena por su parte, ya no veía en el Coronel Bermudes, ni en el abogado Pocasangre, á los amigos de ayer, sino á los que de la noche á la mañana se habian convertido en verdugos que, con sus temerarias exigencias, estaban exasperando el ánimo de Juan.

—No le parece á usted, señor Flo-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

tes que es lástima que Quintanilla no nos acompañe? dijo Bermudes

—Sí, pero eso queda enteramente á su voluntad, pues como comprenderán ustedes, está exento de asistir á la presente lucha.

Comprendiendo Quintanilla que á Pocasangre y á Bermudes los guiaban sentimientos contrarios al de la patria, dijo con voz arrogante,—mi resolución está tomada, y á no ser que se valgan de la intriga ó que directamente me lo ordene el señor Presidente, no asistiré á la guerra.

El General Barrios se había retirado casi al principio de lo que vamos narrando, á una pieza reservada, con motivo de la presencia del Ministro Irungaray, por consiguiente no supo nada de la conversación que hubo entre las personas que quedaron en el salón.

—Al parecer, es empeño partici-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

far el que ustedes tienen en que Juan se bata contra los *chapines*? dijo doña Cándida, mezclándose hasta entonces en la conversación.

—Nada de empeños, señora mía; lo único que hacemos es recordar el deber que tenemos todos los ciudadanos amantes de nuestra patria, de defenderla cuando se halla amenazada.

—Recuerdo haber dicho á ustedes que á la defensa de la patria se va no solo con sangre, sino también.....

—¡Dichosos los potentados!—dijo el meticuloso abogado,—que pueden poner ante sí un muro de dinero, mientras que nosotros no tenemos más muros que nuestros pellejos

En este momento llamaron al señor Flores á tomar parte en la conferencia que celebraba el Presidente con su Ministro, en la cual debía acordarse la marcha á Coatepeque,

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

pues ya Bracamonte había avisado que el enemigo se movilizaba con rumbo á Santa Ana.

—Pero el empleo de usted, don Pío, lo pone á respetuosa distancia de las balas, le dijo Quintanilla al tinterillo, en tono burlón.

—Pero yo no me valdré de esa ventaja, y si ellas no me buscan yo las buscaré.

—En ese caso veremos á nuestro abogado modelo, convertido en un héroe, exclamó Elena, en el mismo tono burlón y sarcástico.

—No tanto; pero yo haré lo que me dicten el honor y el patriotismo.

—En fin, allá veremos, replicó Bermudes; mientras tanto, suplico á nuestra encantadora amiga Elena, nos haga oír el piano, cuyo instrumento tocado por sus manos, se convierte en divino y ella en angel del coro del Señor!

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Con gusto complaceré á ustedes; pero conste que rechazo las alabanzas.

—Que á ninguna de las beldades migueleñas caen tan bien, como á la arrogante Elena Flores. Me ofrezco, pues á voltear las hojas de la partitura.

—Gracias, Coronel, Juan está más diestro en ese oficio; él lo desempeñará.

Si hubiera sido de día se habría visto el semblante de Bermudes que de rojo se tornó en lívido, al recibir aquel desaire, que lo ponía como un lego en el arte de Olmedo, Pineda y Montoya, siendo que en San Miguel, pasaba por un aventajado y diestro conocedor del divino arte.

—Está bien—dijo—me conformaré con oír . . . . . .

. . . . . .

Al compáz de la melodía que Ele-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

na arrancaba al sonoro instrumento, el alma de Juan bogaba en los apacibles mares de la esperanza en busca de otra alma que, como la suya, se entregaba al idilio del amor, y que, como la suya también, rendía fervoroso culto á la religión de los afectos puros.

Todo lo contrario sucedía á Bermudes, pues las vibrantes notas que producía el piano al contacto de las suaves manos de Elena, eran acerados dardos que iban rectos á clavarse en el fondo del alma del pobre Coronel.

No pudiendo soportar más aquel suplicio, Bermudes trató de retirarse en unión de don Pío, abandonando la morada presidencial sin despedirse de nadie.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

VI

—¡Ah, y cómo nos ha azotado el rostro con sus monedas ese petulante! decía Bermúdes á don Pio, cuando se retiraban á su hotel.

—Eso es lo que menos debe preocuparnos Coronel; lo urgente, lo indispensable, es procurar que marche á Coatepeque, y como es más que probable que entable correspondencia con Elena, hay que apoderarse de las cartas que se crucen entre ambos; porque no habiendo combustible, claro está que el fuego amoroso que sienten el uno por el otro,

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

se irá apagando, y como no se han de romper las hostilidades al llegar nosotros al campo de batalla, fácil le será á usted hacer un viajecito y entenderse con Elena, á la que puede decir que su Juan está loco por una morena coatepecana.

—¿Y cómo apoderarnos de esa correspondencia, una vez que logremos que Quintanilla nos acompañe?

—A la verdad, Coronel, que usted no sirve para esta clase de intrigas.

—Es por eso que lo he buscado á usted para que me ayude, pues conozco su ingenio para manejarlas.

—Pues bien: el empleo que yo tengo en el Ejército, me permite estar en cualquier parte y nada más fácil me será situarme en la oficina de correos, y cuando llegue carta para el Capitán Juan Quintanilla, yo me ofreceré á llevársela, no á él,

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

se entiende, y cuando él escriba para la capital, procuraré que su misiva no llegue el punto destinado. En cuanto á que Quintanilla marche á la campaña, es cuestión enteramente suya, mi Coronel.

—Bien: mañana mismo haré que el Presidente lo nombre mi Ayudante, pues mientras más cerca lo tenga, mejor será.

—Cabal, y en una recorrida que le ordene al frente del enemigo..... talvez quede usted dueño del campo.

—¡Ah, no, don Pìo, de todos modos, Quintanilla es un joven apreciable y yo no seré quien lo exponga.

La intriga y el deber pugnaban en el corazón de Bermudes; pero el tinterillo sin pudor y sin conciencia, acabaría por inducirlo al mal.

—¿Y si el servicio lo exige? interrogó el artero rábula, pues él quería que el Capitán desapareciera de

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

la escena de la vida, no por lo que á Bermudes interesára sino por sus miserables conveniencias.

—En ese caso, no seré yo sino el deber quien tenga la culpa de que le suceda algún percance.

—Corriente, mi Coronel, creo que hemos llegado al terreno legal ¿y cuándo es la marcha?

—Mañana en la madrugada debemos estar listos, según las órdenes que tengo recibidas; por consiguiente me voy para el cuartel á preparar el ingreso de Quintanilla.

—Por supuesto que usted no le hablará directamente á don Gerardo para el alta del Capitán?

—Eso nunca, don Pío, pues ya sabe usted que no quiero aparecer como parte interesada. Mi plán es sencillísimo, y por cierto es lo que me lleva al cuartel en este momento. Consiste en hablar con los Capitanes

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

de compañía de una manera reservada, éstos á su vez hablarán con los Tenientes, y así sucesivamente hasta poner de acuerdo al último soldado en el sentido de que pidan al Presidente, que el Capitán Juan Quintanilla, pase á formar en las filas del «batallón migueleño». Así las cosas, paso á manifestar á don Gerardo que la fuerza migueleña pide con insistencia tener en sus files al Capitán Quintanilla; una vez conseguida la orden del Presidente, le dirè que para evitar á su ahijado un desgraciado incidente, me parece que ingrese en la plana mayor del batallón como Ayudante mayor.

—¡Magnífico, Bermudes, esa combinacion feliz estoy seguro que lo llevará al logro de sus amorosos proyectos!

El plán combinado por Bermudes dió los apetecidos resultados que és-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

te deseaba, pues en la «orden general» del siguiente día y entre otras cosas del servicio, se ordenaba el alta del Capitán Juan Quintanilla «en la plana mayor del «batallón migueleño», por pedirlo así dicho batallòn,» quedando por consiguiente, bajo las órdenes inmediatas de Bermudes.

Elena comprendió la malévola intención del Coronel y quiso hablar al Presidente en ese sentido; pero Quintanilla no lo consintió, reservándose aclarar aquel misterio en el momento oportuno.

—Nada temas, Elena mía; nunca se ha visto que Dios ayude á los malvados.

—Nadie me quita, que entre Bermudes y don Pìo, se trama una vil intriga de la cual quieren hacerte víctima.

—Pero què mal he causado yo á esos hombres?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Por cierto que es eso lo que me pregunto sin encontrar la respuesta; pero mis sospechas en contra de Bermudes se confirman por la insistencia que demostrò en unión de ese don Pío, para que tú marcháras á la guerra. Por otra parte, don Gerardo dijo que no irías y hoy dispone lo contrario.

—Pero ha sido impulsado por las exigencias de nuestros paisanos que forman el «batallón migueleño».

—De todos modos, tú no debes exponerte á las balas.

—Solo me cruzarè con ellas.

—¡Cómo!

—¿Pues qué no sabes que me han nombrado Ayudante y que las órdenes que se trasmitan de un punto á otro soy yo quien tiene que comunicarlas?

—Dios mío, qué hacer entonces?

—Confiar en su misericordia.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—¡Ah; pero yo quedaré en una cruel angustia y . . . .

En este momento llegó doña Cándida en busca de Elena para comunicarle que la madrugada de ese otro día, era la señalada para la marcha á Coatepeque y que nada debía hacer falta en el equipaje de Flores, que partiría en unión del Presidente y de muchas personas distinguidas que sin tener colocación en el ejercito, querían acompañar al jefe del Estado.

—¿Y qué haremos nosotras aquí solas?

—Nada temas, que la soledad no será más que por pocos días.

—¡Pero cuántas cosas pueden suceder en esos pocos días! exclamó Elena, á la vez que dirigía su mirada triste y dolorosa á Juan.

—Y usted, amigo Quintanilla, ya está listo para la marcha?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Sì, doña Cándida, aunque la orden me ha sorprendido, pues según recordará usted, el señor Presidente dijo que yo no irìa á la campaña. Yo, por supuesto, nada temo, pues el corazón me dice que saldré ileso; pero sí me extraña el cambio momentáneo de mi padrino. Todo esto me hace sospechar que hay un tercero á quien aprovecha mi marcha.

—Sí, mamá, de eso cabalmente hablábamos cuando tú entraste.

—Es verdad que don Gerardo dijo que usted no irìa á la campaña; pero también es cierto que nuestro bizarro Capitán no dejaría de aprovechar la presente cosecha de laureles, siendo que se presenta espléndida.

—Es decir, mamá, que tú te pones de parte de Bermudes y don Pío?

—Nada más justo.

El bello corazòn de doña Cándi-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

da, no podía concebir que hubiera un fin determinado en la insistencia de Bermudes y el abogado, pues nunca había encontrado en el proceder del Coronel, nada que lo presentára como un hombre vulgar. En cuanto al abogado, doña Cándida no paraba mientes en él si no cuando le hacía algún servicio.

—Pues bien, ya que voy á la campaña, les encargo una corona de «mirtos» en cambio de los laureles que conquistaré en los campos de Coatepeque.

—Yo tejeré esa corona, contestó Elena, con amoroso acento.

—Y yo rogaré al Eterno para que con su poder santísimo, desvíe las balas enemigas y para que no tengamos que llorar la eterna ausencia de nuestros deudos y amigos queridos, dijo doña Cándida, á la vez que abandonaba la sala.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Nuevamente solos Elena y Juan, renovaron sus promesas de unión eterna, alianza que sellaron con un beso, cuya esencia fué llevada por el angel de la pureza á los pies del Altísimo en forma de plegaria del alma! . . . . . .

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

VII

Vamos—decía Elisa, encantadora morena, amiga de la infancia y compañera de colegio de Elena—vengo á hacerte una invitación, mi querida Elena: quiero que vayamos esta tarde á la calle de *Las Parejas*, pues dice papá que hoy marcha el «batallón invencible» para Coatepeque y quiero que nos despidamos de cerca de esos valientes paisanos nuestros.

—Siento no acompañarte, Elisa mía, pues he dispuesto no salir á la calle sino hasta que regrese á San Miguel. Yo no sé lo que me pasa;

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

pero desde que se fueron mi padre y Juan para Coatepeque,, nada me alegra y todo me fastidia: el ruido de las armas, el crujir de las cureñas al rodar con sus cañones; todo ese bélico y monótono ruido, repercute dolorosamente en mi corazón, y siendo así no extrañes que no acepte tu invitación.

—Ahuyenta de tu mente esas ideas lúgubres, Elena, y vente conmigo á despedir á nuestros soldados, que estoy segura que á su vista deshecharás ese fastidío.

—Tampoco es fastidio lo que me abruma, es duda, incertidumbre y angustia. Hece tres días que cesaron para mí la dicha y el placer; se me figura que lo que ha pasado, no ha sido más que una quimera; ilusiones que al posesionarse de mi mente juvenil, me hicieron columbrar vergeles encantados, sin con-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

prender que apesar del embriagante aroma de sus flores, se encuentra allí la espina punzadora que tortura al corazòn y martiriza el alma!

—¡Calla, Elena, no parece si no que eres una mujer á quien los desengaños de la vida han debilitado la fé en su alma! ¿Acaso hace un siglo que se marcharon tu padre y . . . . tu amigo Quintanilla?

—Es que Quintanilla . . . .

—Es más que tu amigo?

—Sì, Elisa, es mi novio.

—¡Ah! . . . . . ¿Pero acaso hace un siglo, repito, que se han marchado para que ya te desespere su ausencia?

—No, Elisa, tampoco es su ausencia la que me desespera, es decir, en cuanto á mi padre, pues de él ya recibimos carta, sabemos que se encuentra en unión del Presidente y que no corre riesgo ninguno;

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

pero de Juan no hemos recibido nada, lo que me hace suponer que algo grave le ha ocurrido, pues tres días de ausencia son más que suficientes para que nos hubiera informado de su situación.

—Sea como fuere, yo no encuentro suficientes razones para que de tal manera te desesperes.

—¡Cómo no me voy á desesperar, cuando me dijo que me escribiría cuantas veces le fuera posible y hasta el día no tengo ni una letra de su puño! Bien se comprende, Elisa, que tú . . . . .

—¡No digas eso, Elena; bien sabes que yo también tengo quien haga extremecer las fibras de mi corazón al impulso del amor sincero, con la diferencia de que no es militar como tu novio, que por cierto es arrogante y apuesto.

—Bien, Elisa, ya sé que amas

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

pero oye y confirmarás mis temores. ¿Conoces al Coronel Bermudes?

—Sí por cierto; es amigo de casa.

—Pues bien, ese hombre tenía un interès marcado en que Juan marchára á la campaña y entre sus temerarias exigencias noté algo siniestro.

—¿Pero eso que tiene que ver?

—Es que ese hombre, casi al llegar nosotras á la capital, me habló de amores—aunque de una manera embozada—hablando así, como por encargo. En esa conversación, al parecer insignificante, salió el nombre de Juan, con quien—dije á Bermudes—me unían sacrosantas promesas. Desde entonces el Coronel no cesó de dirigir palabras en las cuales se transparentaba un odio comprimido hacia Quintanilla; todo eso, Elisa, me hace creer que Juan, no ha ido á la campaña por su propio gusto. Además, don Gerardo

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

dijo que Juan no iría, por haber dado su padre una fuerte suma de dinero para ayudar á los gastos de la guerra.

—En ese caso, tú crees que Bermudes trata de que Quintanilla desaparezca?

—Nada más acertado.

— Y qué gana el Coronel con eso?

—Ya te dije que Bermudes me habló de amores.

—Pero no de una manera directa.

—Es cierto; pero en su conducta posterior he adivinado que no era otro si no él quien quería en sus palabras abstractas, hacerme una declaración amorosa.

—Pero valerse de traidoras artes para quitar un rival de en medio, caso que esté enamorado de tí, es considerarse impotente para luchar con armas iguales y además, es una villanía.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—De tal he considerado el proceder de Bermudes, como quien dice, de ayer á hoy.

La conversación de las jóvenes siguió sin interrupción hasta olvidarse Elisa del objeto que la había llevado en busca de su amiga. Al cabo dijo:

—Francamente, Elena, te diré que no encuentro concluyentes las razones en que te fundas para creer que Quintanilla no haya ido á la campaña por su expontánea voluntad; porque bien has visto que un puñado de jovenes distinguidos han volado á Coatepeque en defensa del patrio suelo, sin que nadie los obligue á ello; por consiguiente para mì nada tiene de extraño que tu novio haya querido aumentar el número de esa simpática falanje, mucho más, teniendo su título que le señala un puesto en el ejército.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Es verdad; pero Juan no tenía obligación de asistir á la presente campaña, no por los peligros y privaciones que en esas contiendas se sufren, pues bien sé que sería valiente y temerario en el campo del honor, sino porque, como te dije antes, su padre ha dado al Gobierno una regular suma de dinero y además . . . . porque . . . . . ya puedes comprender, estando yo aquí . . . ¿no es verdad?

—Sí, Elena, ya voy comprendiendo.

—Y no es esto todo: la víspera del día en que Bermudes iba á marchar á Coatepeque, recibió orden Juan de ingresar inmediatamente al ejército, en calidad de ayudante del mismo Bermudes. Ahora dime ¿no vés tú en todo esto, una de esas bajas intrigas de que se valen algunos hombres de alma raquítica y cora-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

zón pequeño para lograr sus desgraciados intentos?

—Sí, Elena, todo lo comprendo ahora, lo único que no me explico, es haber visto ayer á las siete de la noche al Coronel, cuando no tardará la hora en que se oiga la imponente voz de nuestros cañones saludando á los *chapiñes*.

—Ciertamente; anoche estuvo aquì, muy agitado, y dijo á mi mamá que un asunto secreto y urgentísimo, lo había traído violentamente á la capital, y—ya que vine—agregó dirigiéndose á mí—tendrìa particular placer en ser el portador de sus recuerdos al amigo Quintanilla, aunque nuestro joven Capitán se ha entregado por completo á las beldades coatepecanas.

—Sea como fuere, le contesté, y aunque de él no hemos recibido ninguna carta, yo le escribiré, aunque

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

sea para recordarle su falta de atención para sus amigas de por acá.

—Así es que á estas horas . . .

—Ya Juan debe haber recibido mi carta.

—Nadie me quita, Elena, que esa carta no llegará á su destino.

—Pero eso sería una infamia.

—En fin, allá veremos; no hay que condenar antes de juzgar.

Después de esta larga plática de nuestros jóvenes, logró Elisa convencer á Elena de que debían ir á la calle de *Las Parejas* á ver salir el «Batallón Invencible» del cuál formaba parte un elegante jóven de negras y brillantes patillas que acababa de obtener el título de médico y cirujano y que en calidad de tal iba á la campaña.

—Míra que simpático es, exclamò Elisa, á la vez que saludaba al jóven con su blanco pañuelo.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Quién? preguntó Elena.

—Pablo Suncin.

—¡Ah! y ese és? . . .

—Mi novio, niña.

—Lo celebro, pues formaréis una encantadora pareja.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

VIII

Dejemos, si mis lectores lo tienen á bien, á estas niñas bogando en el fantástico mar de la juventud y entregadas por completo á su bellas esperanzas y sigamos con el «batallón invencible» á donde se encuentran tres personajes de nuestra narración.

Coatepeque es el punto de cita de nuestro valiente ejército y á donde llegaremos en compañía del «invencible», compuesto de lo más granado de la capital; es allí también en donde dispuso el Presidente Barrios,

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

esperar al General Carrera, para probarle que no impunemente se atenta contra la soberanía de un pueblo que tiene conciencia del papel que representa en el rol de las naciones cultas y civilizadas; es allí, en fin, donde nuestras armas vengarán el fracaso sufrido en las campos de «La Arada», aunque, según la historia, no se puede atribuir tal derrota, á faltas de disciplina y valor en nuestros soldados, sino á la manifiesta traición de un jefe; pero..... basta de disgresiones.

Entre las disposiciones tomadas por el pícaro don Pío contra el jóven Quintanilla, inmediatamente que llegaron á Coatepeque, estaba la de hospedarse en el mismo edificio de la administración de correos, para apoderarse de la correspondencia que el Capitán dirigiera á Elena.

Tan buena maña se dió el cínico

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

abogado, que pudo secuestrar dos cartas que, al llegar no más, escribió Quintanilla dirigidas una á doña Cándida y otra á Elena.

—Amigo Bermudes, el chico ese tiene fiebre de escribir; aquí tiene usted dos cartas, una de ellas es dirigida á . . . . . .

—Don Pío, diré á usted, que este proceder vuestro es reprobable en extremo.

—Fácilmente puede usted desechar esos escrúpulos.

—¿Cómo?

—Destruyéndolas y no enterándose del contenido de las cartas.

—Eso ya lo tenía pensado, contestó Bermudes, á la vez que se embolsaba las cartas. ¿Y qué haremos para que cese esta correspondencia? agregó.

—Dígame Coronel, ¿sabe usted cuando principia el combate?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Ignoro, pues no somos nosotros quienes romperemos el fuego sino Carrera. ¿Y por qué me hace esa pregunta, don Pío.

—Porque usted puede hacer un viaje á la capital furtivamente, como recuerdo haberle dicho.

—¿Y el objeto?

—Hablar con Elena y decirle que Quintanilla está loco por una linda morena de aquí y que sin duda por eso no le ha escrito; pero que á pesar de eso, si ella quiere escribirle, usted será el portador de su misiva. Se entiende que si Elena escribe, el bolsillo de usted se convertirá en buzón sin salida. Así se evita el temor de que hoy ó mañana sepan ambos que se han escrito, ignorando el paradero de sus cartas.

Este consejo lo daba Pocasangre, fundado en el supuesto de que Quintanilla quedaría en el campo.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Pero eso de abandonar el campamento me parece arriesgado, mucho más cuando el Presidente tiene que hablar conmigo á cada momento.

—La distancia de aquí á San Salvador no es tan larga, por consiguiente, en una buena bestia que puede usted cambiar en el camino, dada su condición de jefe, ese trayecto lo puede recorrer en medio día y parte de la noche, poco más ó menos. Además, la audacia, la intrepidéz y el arrojo, creo que son atributos que deben caracterizar al militar en cualquier terreno que se encuentre.

La ofuscación que á Bermudes producía su exaltado amor por Elena y por otra parte, los malévolos consejos del abogado Pocasangre, que el Coronel creía sinceros, no le permitieron medir las consecuencias del atrevido paso que iba

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

á dar, y en ese mismo instante se vino á la capital sin otro objeto como saben los lectores, que exasperar el ánimo de Elena, cosa que por cierto no logró y apoderarse de las cartas que la enamorada joven quisiera escribir á Juan.

La suerte favoreció á Bermudes, pues en el resto del día y en toda la noche que pasó ausente de sus filas, el Comandante General del Ejército no preguntó por èl ni una sola vez, ni tampoco el enemigo dió señales de querer entrar en acción.

Al único que causó extrañeza la ausencia de Bermudes, fué al Capitán Quintanilla. En vano el joven quería explicarse la causa de aquella intempestiva desaparición, mucho más estando el enemigo al frente y dispuesto á comenzar la lucha.

En Quintanilla dominaba la idea de que el Coronel habìa ido á la ce-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

pital sin conocimiento de don Gerardo; pero lo que no se explicaba era el motivo de tal ida del Coronel, pues el recto proceder del jóven Capitan, rechazaba toda idea que estuviera en mengua del honor del Coronel Bermudes, á pesar de la antipatía simulada con que ambos se miraban desde hacía algunos días.

Si Elena hubiera dicho á Quintanilla que Bermudes, al llegar á la capital se había tornado en su enamorado impertinente, aunque no de una manera clara y terminante, entonces el Capitán hubiera comprendido los móviles que guiaban al Coronel; pero, repetimos, Quintanilla se perdía en conjeturas.

—En fin—se dijo—el tiempo me aclarará estas cosas que hoy se me presentan cubiertas con el manto del misterio. . . .

Esa misma noche, el abogado don

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Pío, buscaba con insistencia á nuestro joven Capitán á quien encontró al fin, en unión de otros oficiales que departían acerca de la lucha que no tardaría en empeñarse y de los futuros y merecidos ascensos ganados en el campo del honor, al compáz del bélico concierto de la metralla.

—Solo el amigo Quintanilla no tiene esperanzas de ascender, dijo el pícaro abogado.

¿Y por qué no? interrogó el aludido en tono imperativo.

—Porque los ayudantes en las idas y venidas no tienen tiempo para defender un reducto, mucho menos una trinchera.

—Lo que quiere decir que nosotros somos semejantes á las vivanderas? objetó un apuesto Teniente, con voz amenazadora.

—Líbreme Dios de hacer tal com-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

paración; digo que las funciones de los ayudantes son distintas á las que desempeñan los oficiales de compañía, pues éstos tienen que defender el puesto que se les encomienda, mientras que los ayudantes no tienen lugar fijo.

— Y de allí deduce usted que no ascenderemos? repuso Quintanilla.

—Supongo que no.

—Así es que usted . . .

—Renunciaría el empleo de ayudante para aceptar el de Capitán de compañìa, donde, si uno no encuentra una muerte gloriosa, el ascenso es seguro.

Lo repetimos, Quintanilla era un joven sincero, que no acostumbraba juzgar á los hombres por el lado malo que pudieran tener; es por esto que las pérfidas insinuaciones de Pocasangre, exaltaron su fantasía, y creyendo que el abogado hablaba

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

con la buena fé á que él sujetaba sus actos, se vió, en un momento de noble ambición, ostentando los galones de Coronel.

—Que díces tú de las razones de Pocasangre? preguntò al Teniente.

—Digo que muchas veces la ambiciòn conduce al abismo.

—Tiene usted razón, joven, replicó el abogado; pero cuando esa ambición es de gloria, el asunto cambia por completo.

—Podrá ser así, mas á mì me gustan las cosas directas.

—Sea como fuere; yo no he hecho más que lanzar una idea: que la acepten ó nò, para mí es indiferente.

—Yo la acepto, don Pío, pues me será muy grato llegar á mi querida San Miguel con los galones de Coronel.

Al ver el abogado que su idea había tenido el efecto deseado, se des-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

pidió de los jóvenes militares, dirigiéndose á su alojamiento.

Está visto—se dijo—sin que me costára gran trabajo y gracias á mi astucia, he logrado picar el amor propio de Quintanilla y es más que probable que hoy amanezca comandando una compañía y en ese puesto ¿cómo no ha de encontrar una bala que dé cuenta de él para que me deje libre el campo, del cual brotará mi felicidad futura? En cuanto á Bermudes . . . vamos, ese es un papanatas que nada conseguirá y que por hoy me sirve á las mil maravillas, creyendo que soy yo quien le sirve á él.

—Ese abogado no me simpatiza, dijo el Teniente, compañero y amigo de Quintanilla, cuando don Pío se hubo despedido.

—Es un pobre hombre que vive respirando el polvo de los juzgados.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Sea lo que fuere, á mí me es repulsivo.

Esta conversaciòn fué interrumpida por un estridente toque de clarìn que indicaba «reunión al centro» de jefes y oficiales. . . . . .

Al fulgor de la aurora que aparecía por Oriente, se veía al ejército invasor tomando posiciones y disponiéndose en orden de batalla; tal movimiento había motivado el toque que se acababa de oír.

En aquel momento en que todo era movimiento, se vio á un ginete que á todo escape entraba en la plaza—era el Coronel Bermudes que volvía del temerario viaje hecho á la capital á instancias de don Pío, y que llegaba cuando el Jefe Supremo iba á impartir sus últimas órdenes.

Cuatro disparos de cañón que simultáneamente resonaron, dieron la

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

señal al General Barrios de que el enemigo rompía las hostilidades.

Desde aquel momento el suelo de la patria iba á ser ensangrentado; una vez más la carnicería humana infestaría la atmósfera de Centro América con su hedor nauseabundo; el histórico pueblo de Coatepeque se iba á convertir en teatro infernal donde se desarrollaría un drama sangriento.

Una vez más el oscurantismo y la barbarie intentarían tender su manto tenebroso, sobre las irradiaciones de la razón y del derecho; pero por este mismo hecho, los del negro estandarte, tendrían que hundirse en el piélago de la impotencia!

El General Barrios contemplaba con satisfacción las múltiples y acertadas disposiciones del invicto Bracamonte, nombrado con oportunidad Jefe de operaciones.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

El Coronel Bermudes, á la cabeza del «batallón migueleño», defendía con denuedo y bravura, el ala derecha del grueso de nuestra ejército, formado en línea de batalla al frente del enemigo.

Quintanilla, que había dejado de ser ayudante de Bermudes, era jefe de la primera compañía del mismo batallón; pero en aquel empleo, el joven Capitán se creía menos ligado á las órdenes del Coronel.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

IX

El combate se hizo general en toda la línea.

Una inmensa fragua circundaba á la pintoresca Coatepeque.

El genio de Bracamonte, director inmediato de aquella gigantesca escena de fuego, sangre y lamentos, había sabido interpretar de manera admirable, las órdenes del Jefe Supremo del Estado, quien contemplaba complacido las impotentes cargas del enemigo.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Cada embestida del ejército contrario le costaba millares de víctimas, pues tenía que estrellarse no solo en nuestros baluartes y trincheras, sino también ante el derecho y la justicia qus nos asistían y contra el valor de los verdaderos soldados de la patria.

Horrible contubernio formaban las imprecaciones y blasfemias de los que aun permanecían en pié, con los quejidos y lamentos de los que caían, revolcándose en su sangre para no levantarse más!

Millares de aves de rapiña revoloteaban sobre aquel inmenso festín de carne humana, lanzando al aire sus graznidos lúgubres!

Durante tres días llovió metralla en las verdes y floridas campiñas de Coatepeque!

El cerro «Malakoff», brillante posición de nuestra artillería, hacía

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

erupciones de mortífero plomo, cuya corriente rojiza é impetuosa, iba á sepultarse en el pecho de los invasores!

El Coronel Bermudes, culminante figura de nuestro ejército, recorría con impavidez pasmosa, la zona encomendada á su cuidado, dando órdenes y comunicando aliento á sus soldados.

La trinchera encomendada al Capitán Quintanilla, situada en el último extremo de nuestra línea de defensa, apesar de ser el blanco del plomo enemigo, con frecuencia era visitada por Bermudes, pues como hemos dicho ya, los soldados que la defendían eran parte integrante de la tropa migueleña.

La serena tranquilidad de Quintanilla en medio de la lluvia de balas que caían á sus pies, le valió una calurosa felicitación del Coronel, au-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

gurándole á la vez, un brillante porvenir en la honrosa carrera de las armas . . . . . .

. . . . . .

La noche del 23 de febrero de 1863 es y será memorable en los fastos guerreros de El Salvador, pues la población de Coatepeque se extremecìa hasta en sus cimientos al fragor del combate; la furia de los adversarios rayaba en delirio feroz.

Durante aquella noche terrible, iluminada por cien bocas de fuego, no se presentó el Coronel Bermudes por el fortín que defendía el Capitán Quintanilla, apoderándose de éste febril ansiedad. Su corazón generoso le indicaba en sus palpitaciones violentas que algo grave había sucedido . . .

La hora en la cual nuestras armas debían salir victoriosas se acercaba ya, terrible y airada; y la maldición

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

del cielo caería sobre los incautos invasores!

El dìa 24, las huestes de Carrera peleaban aún, pero no con el ardoroso arrojo que lo hicieran al principio. ¡Tarde comprendían su mala situación!

De pronto, una detonación formidable se dejó oìr en todas nuestras fortificaciones, la atmósfera se nubló y una terrífica ondulación semejante á las ondas del océano, recorrió la tierra en sus cuatro puntos y . . . . . el ejército invasor huyó en todas direcciones, buscando la salvación en la fuga vergonzosa!!

Momentos después del triste descalabro de los que nos asediaban, se presentó al Capitán Quintanilla, el Teniente aquel, que no vió con buenos ojos á don Pío y le dijo:

—El General Bermudes desea hablaros inmediatamente; lo encontra-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

reis en el hospital de sangre; y sin dar tiempo á ser interrogado, se retiró á todo escape.

El fatídico acento del Teniente al comunicarle aquella orden lacónica y terminante, acabó de sembrar en el corazón de Quintanilla la zozobra y la duda, la ansiedad y la pena.

—Encárguese usted del mando de la Compañía, dijo á su segundo, mientras yo vuelvo; y sin vacilar se dirigió con presuroso paso al lugar indicado y que por cierto no le infundía la menor confianza . . .

Angustia cruel se dibujó en el semblante del joven Capitán, al traspasar los umbrales del hospital de sangre, pues con lo primero que se encontró fué con el General Bermudes, tendido en una miserable camilla de campaña, con poquísimas señales de vida.

El alma generosa de Quintanilla

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

no podía ver con indiferencia la desgracia y la desventura agenas; es por eso que al contemplar el inanimado cuerpo de Bermudes no pudo menos que dar sinceras muestras de compasión y dolor.

—Desea hablaros, dijo Pablo Suncín, pues era él quien velaba á la cabecera del herido. Esperad un momento, voy á suministrarle un aperitivo . . . . . .

Momentos después, Bermudes entreabrió los ojos en cuyas pupilas se veían ya los tintes de la muerte; al ver á Quintanilla le tendió la mano, diciéndole con moribundo y triste acento:

—Acercaos mi Coronel, pues ya lo eres; ayer fuimos ascendidos los dos en el campo de batalla—á la vez, hacía una señal á Suncín, como indicándole que quería quedar solo con Quintanilla.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Creedme, General, esa nueva en otras circunstancias, me hubiera causado un inmenso placer; mas ahora, con la desgracia que os sucede, me es indiferente.

Y como Bermudes guardára silencio, Quintanilla repuso:

—Y es para participarme el ascenso que me habéis hecho llamar?

—No . . . os he hecho llamar porque mi vida se acaba y antes que muera, quiero haceros sabedor de la conducta miserable é indigna que he observado para con vos en estos últimos días, disculpable tal vez por . . . . . .

—Yo no encuentro en vuestra conducta ningún motivo de queja, querido General; pues ni como soldado ni como particular, me habéis causado la menor ofensa.

—Vuestro amable razonamiento se explica porque aún ignoráis cier-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

tos manejos innobles de que habéis sido víctima.

—Repito que no encuentro nada que reprocháros.

—Ojalá que así me contestéis después de lo que voy á deciros.

—Sea como fuere, yo no puedo guardaros rencor.

—Confiado en vuestra bondad, os diré mi querido Coronel, que la correspondencia que habèis dirigido á Elena no ha llegado á sus manos.

—General! General! ¿Quién fuè el infame que se atrevió á extraviarla?

—Dejadme concluir. Elena también os escribió una carta que tampoco recibisteis . . . . . Decidme, pues, que perdonaréis al que tiene esa correspondencia, en gracia de una cosa muy singular.

—General, antes de perdonar una cosa que por cierto no tiene ate-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

nuantes en el código del honor, necesito saber que singularidad la distingue.

—Es una cosa, Juan, que en nada os rebaja, mucho menos á ella, y el único sobre quien cae toda la humillación vergonzosa y el reproche sangriento, es en aquel que tiene vuestras cartas; pero creo, mi Coronel, que esa humillación y ese reproche, se disculpan cuando el que comete semejante desatino, se encuentra ciego ó mejor dicho, alucinado por el amor tirano, que, como en la presente ocasión, extravió el criterio del infeliz á quien hizo su presa.

—Siendo así, señor General, que cuente con mi perdón esa persona. Mas, qué cosa es esa que le sirve de lenitivo á su censurable proceder?

—Es, sencillamente, que vuestra correspondencia fué interceptada pero no violada.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—No os entiendo, General.

—Pues bien: no ha sido leída. Nadie, absolutamente, se ha enterado de las frases encerradas en esa correspondencia feliz.

—¡Ah, General os compadezco con toda mi alma! ¿Y quién es la persona que posee mis cartas?

—Yo!

—¡Vos! ¡¡Vos!! ¡Ah! . . . Todo lo comprendo ahora; vuestra ida á la capital en momentos en que el enemigo rompería sus fuegos! . . . ¡Ah! y yo que me quejaba del silencio de Elena! . . . y dónde están mis cartas?

—Allì, y Bermudes le señaló un dormán acribillado á balazos, que á su cabecera colgaba de un clavo y en uno de cuyos bolsillos se encontraban aquellas

Quintanilla se lanzó á sacar aquellos papeles que para él encerraban

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

la vida, sin fijarse en la lividéz del semblante de Bermudes y que una terrible y postrera convulsión agitó su cuerpo . . . . . .

Cuando Quintanilla volvió la vista hacia el General, se encontró con un cadáver, lo que lo hizo exclamar:

—Vivo, os hubiera atravesado el corazón con mi espada, muerto—que Dios os perdone, también . . . . .

. . . . . .

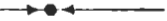
. . . . . .

Desde aquel momento nacieron en el ánimo de Quintanilla, la presunción y la sospecha hácia el abogado Pocasangre, á quien consideró cómplice, cuando no principal autor del extravìo de sus cartas.

Algún interés ha guiado á este hombre—dijo para sí el Coronel—por consiguiente, trataré de descubrir ese interés, y si resulta que esta escoria judicial se ha mezclado

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

en mis asuntos, como no lo dudo ni un momento, ya puede encomendar al diablo su esqueleto, porque lo que es alma, creo que no la tiene.



X

Al salir Quintanilla del hospital, con el alma contristada y el corazón oprimido, pues la muerte de Bermudes lo había afectado profundamente, se dirigió en busca del señor Flores, á quien no tardó en encontrar en compañìa del abogado don Pìo y de otras personas, en el momento en que lamentaban la desgraciada muerte de Bermudes.

En vano quiso Quintanilla ocultar la repulsión que le causó el encuentro del abogado, pues la alteración de su semblante á la vista del rábu-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

la, denunciaba claramente la repugnancia que el joven Coronel guardaba ya para Pocasangre.

El señor Flores recibió á Quintanilla con los brazos abiertos, á la vez que lamentaba con frases de dolor sincero, el infausto acontecimiento.

—Sì, dijo Quintanilla, vengo actualmente del hospital de sangre, pues momentos antes de morir Bermudes me mandó llamar á mi trinchera, de manera urgentìsima; y por cierto que llegué á tiempo de recoger sus últimas palabras.

—Siento en el alma no haber sabido la gravedad de nuestro amigo, y me queda el pesar de no haber estado á su lado en tan supremo trance, dijo don Pío, en tono gangoso, en fuerza de hacerlo patético.

—Ciertamente, don Pío, que me extrañó mucho no haberlo encontra-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

de allì, siendo que usted, puede decirse, era confidente de Bermudes.

Quintanilla queria descubrir algo en que fundar sus sospechas, por eso se propuso emplear frases de doble sentido, en las cuales quería envolver al abogado. Con tal motivo continuó:

—A la verdad que la prisa que se dió Bermudes en llamarme á su lado antes de morir, se fundaba en poderosas razones; figúrese usted, don Pío. que era nada menos que para entregarme unas cartas.

—Unas cartas! dijo el abogado, palideciendo.

—Ni más ni menos.

—Que le veníau á usted de San Miguel?

—No, señor; dos erau las mismísimas que yo escribí con dirección á la capital y la otra me había venido de allá.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Y cómo explicar semejante extravío? Interrogó el señor Flores.

—Es, cabalmente, lo que me confunde, á menos que don Pìo nos ayude á descifrar tal misterio. Según he sabido, usted se hospeda en la oficina de correos?

—Ciertamente, joven: pero yo tampoco podrè aclarar ese misterio, á pesar de hospedarme allí, pues como usted comprenderá, nada tengo que ver con la correspondencia de ó para Coatepeque.

—A propósito, don Pío, al entregarme Bermudes mis cartas, me habló de usted.

Queriendo Quintanilla aclarar de una vez la conducta del abogado, le habló con tono recio tal, que Pocasangre no tuviera tiempo de serenarse; ya el Coronel había combinado la manera de salir airoso de tal provocación.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Aquel *me habló de usted*, dicho por Quintanilla no con la calma y serenidad que el caso requería, no pudo menos que alterar el semblante del abogado, quien repuso en tono inseguro:

—Pero si yo nada he tenido que ver con esas cartas; es cierto que me hospedo en el edificio del correo, pero no podría apoderarme de la correspondencia agena, pues harto sé las penas á que se sujeta el que tal hace; así es, que en ese sentido, no pudo Bermudes haberle hablado de mí.

—Cálmese usted, don Pìo, Bermudes me habló para que lo recomendara con el señor Presidente.

—¡Ah! ah! En ese caso, agradezco al General Bermudes sus últimos recuerdos para mí.

El semblante alterado de don Pío, volvió á su estado normal.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Después de esta conversación, la duda de Quintanilla se convirtió en certeza, porque el abogado—apesar de sus tinterilladas—acababa de descubrirse.

No contento Quintanilla con la certeza que acaba de obtener, quiso seguir la conversación sobre las exigencias de Bermudes, apoyadas por don Pío, para hacerlo asistir á la campaña que, gracias al cielo, tuvo un desenlace feliz para nuestras armas; pero no le pareció conveniente el lugar, por lo que invitó al abogado á dar un vistaso á la trinchera que tan bizarramente había defendido el intrépido Capitán.

Ya en la calle, dijo al abogado:

—Si los móviles que guiaban á usted y á Bermudes al insistir en que yo debía batirme en la presente campaña, los creyera sinceros, no

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

podría menos que estar para con Ud. don Pío, sumamente agradecido.

—A la verdad, amigo Quintanilla que no me explico su extraño razonamiento.

—Pues, para mí, es el más sencillo del mundo.

—Podrá ser, pero yo estoy en tinieblas . . . . . no acierto . . . . . usted dirá.

—Entendámonos, don Pío; déjese de fingir esa forzada ignorancia, que con ella no hace más que confirmar mis sospechas. Ni á usted ni á Bermudes los guió un fin noble ni desinteresado procurando que yo asistiera á la guerra.

—Quintanilla, usted me dá una importancia que por cierto no tengo. ¿En el ánimo de quien podía yo influir para que usted viniera á batirse?

—Sea como fuere: lo que yo quie-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

no saber es qué cosa se proponían ustedes con mi presencia aquí.

—La orden general de ayer lo dice claramente, pues desde tal día es usted Coronel del ejército salvadoreño.

—Y si en lugar del ascenso hubiera encontrado una bala?

—Pero Quinta . . . . .

—No, don Pío, yo creo que esta última era la caritativa intención de ustedes, pues la carta de Elena, cuya fecha concuerda con la ida de Bermudes á San Salvador y que no llegó á mi poder sino hasta esta mañana, me dice que me guarde de la amistad del hoy difunto General.

—Pues ahì tiene usted: Elena le dice que se guarde de la amistad de Bermudes, que por cierto bien guardado está; pero no de la mìa que soy un hombre enteramente inofensivo.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Es cierto; pero usted y Bermudes eran íntimos.

—Intimidades que no tenían por objeto molestar á nadie.

El uno atacando y el otro defendiéndose llegarou al pié de la trinchera que tan heroicamente había defendido durante tres días el bizarro Juan Quintanilla, y en donde, de una manera brillante, había ganado los galones de Coronel, siendo así que aun no había llegado la época en que los ascensos militares fueran tan baratos.

Las muestras de inquietud de don Pío se acentuaron de manera alarmante: al llegar por aquel punto el señor Flores, quien, acompañando al jefe de operaciones recorría el campo ensangrentado aun, dió palpitantes muestras de disgusto al saber que la carta que su hija escribió al Capitàn había sido extravia-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

da; pero la zozobra del abogado se calmó al oìr que Bracamonte ordenaba á Quintanilla de pasar inmediatamente á formar al Estado Mayor del señor Presidente, y que el Teniente Contreras, ascendido á Capitán, se encargára del mando de su compañìa.

Quedó, pues, el abogado en unión del Capitán Contreras: éste no era otro sino el Teniente aquel que no simpatizó con don Pío cuando éste hizo la insinuación de que para los ayudantes no era tan fácil el ascenso.

—Supongo que el señor Capitán Contreras, convendrá conmigo en que mis consejos, si asì pueden llamarse, no estuvieron mal dados.

—¡Ah! Es usted, don Pío, y qué diablos hace usted aquí?

—Vine por estos alrededores á instancias del hoy Coronel Quintanilla.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Segùn acabo de notar, como que está disgustado con usted?

—Así parece. Figúrese que quiere que yo le aclare el còmo llegaron ciertas cartas al poder de Bermudes.

—¿Cartas de quién?

—Cartas que Quintanilla escribió y que no llegaron á su destino.

—¡Fueron interceptadas!

—Cabalmente.

—Pues yo que Quintanilla no vacilaría en deçir que usted las extravió.

—¿Pero con qué objeto podía yo cometer semejante villanìa?

—El objeto es usted quien debe saberlo, y, seguramente, Quintanilla se encargará de ponerlo en claro.

—Veo que tanto usted como su amigo el Coronel, sufren una temeraria equivocación al juzgarme capaz de cometer tal infamia.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Pues no hay tal, amigo don Pío: supóngase usted que Bermudes quería poner diques á Juan en cualquier asunto y recomendó á usted que se apoderara de la correspondencia de ó para él. Ya ve usted que el asunto es bastante sencillo.

—Pues señor, usted está tejiendo una trama más tupida que una tela de araña.

—Sea como fuere, Quintanilla tiene suficientes motivos para poner en duda la conducta de usted: en primer lugar y para hacerle tal cargo, él debe apoyarse en la intimidad de usted con Bermudes; en segundo, el haberse hospedado usted en el edificio del correo y en tercer lugar, el consejo aquel de que dejara de ser ayudante, como quien dice: un Capitán de compañía, casi siempre es el blanco de las balas enemigas, y . . . . fácilmente . . . .

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

una de ellas . . . . dará fin con el pobre diablo.

—¡Jesús! A dónde va usted á parar amigo Contreras?

—Al descubrimiento de quién fue el miserable que interceptó esos papeles.

—En ese caso lo dejo entregado al esclarecimiento del asunto ya que tanto le interesa.

—Dice usted muy bien, don Pío, me interesa descubrir á la canalla que así atropella los preceptos de la moral y la honradez.

—Bien, y cuando haya descubierto al que se ocupa de semejantes miserias, proclamaré al Capitán Contreras como invicto guardián de la correspondencia epistolar.

—Ojalá mis sospechas no se cumplan, don Pío, porque usted sabe que á Quintanilla me une una sincera amistad, por consiguiente ¡ay

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

de aquel que se mezcle en sus asuntos privados, porque el menos mal que le puedo hacer es cortarle las orejas!

—Pues entonces lo dejo afilando su espada para cortar orejas.

—¿Se marcha usted?

—Sì, amigo mío.

—Adiós, pues, don Pío y ojalá no nos volvamos á ver.

—Me parece que yo . . . .

—Bien, don Pío, adiós.

Por lo visto, estos mozalvetes quieren tener más olfato que un perdiguero; pero juro á fé de Pocasangre, que nunca sabrán á que fin se encaminan mis pasos. Si así no fuera, de que me servirían la astucia judicial y las máculas tinterillezcas que comprendo al dedillo y que tan buenos resultados me han dado al ponerlas en práctica cuando me he visto apurado?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Tal decía el rábula para su capote, al retirarse de la trinchera á donde lo llevó Quintanilla; pero se equivocaba: el Coronel estaba ya, puede decirse, sobre los pasos del pobre abogado y además, el Capitán Contreras, íntimo amigo de Quintanilla, era un joven de quien nada bueno podía esperar don Pío.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

XI

Mientras que por nuestros campos de Occidente se escuchaba el grito destemplado de terror que lanzaba el destrozado ejército de Carrera, al sentir en la frente la candente marca de la derrota, nuestro General en Jefe dictaba sus órdenes para volver á la capital á disfrutar de los favores alcanzados en el campo del honor, donde se patentizan y quedan brillando para eterna enseñanza la justicia y el derecho de los pueblos.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Nunca satisfacen más las palpitaciones del corazón, como cuando las produce el cumplimiento del deber, ni las expansiones del alma conducen al delirio, tanto, como haber luchado en el terreno de la legalidad por disputar el paso á la tiranía y al retroceso—tal sucedió con el grandioso episodio de Coatepeque.

Generoso hasta la temeridad el General en Jefe, dejó que los soldados del oscurantismo que venían á apagar la antorcha de la civilización, huyeran sin ser perseguidos, volviéndose los soldados de la ley por senda florida preparada por la victoria que en aquel memorable combate alcanzaron nuestras armas.

Si el General Gerardo Barrios hubiera ordenado el perseguimiento de Carrera, la reacción habría quedado reducida á la impotencia, viéndose inutilizada y sin alientos para vol-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

ver pocos meses despuès á tomar la revancha, que dió por resultado el sangriento sitio de San Salvador en donde, por un estúpido sarcasmo, quedó triunfante; pero . . . . volvamos á nuestro asunto.

Llegado á la capital el «Batallón Migueleño»—con pocas pero sensibles bajas—factor importantísimo del ejército que en Coatepeque probó ante el mundo civilizado, lo que vale el valor cuando va en defensa de la dignidad de la patria, dispusieron todos los migueleños que figuraban en las presentes hojas, volver á sus hogares de la sección de Oriente, á donde los seguiremos nosotros, siendo que allá principia y termina este árido trabajo . . . . . .

. . . . . .

Entre la brillante comitiva que esperaba en las afueras de la metròpoli oriental, al señor Flores, á do-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

ña Cándida y á Elena—la flor más preciada del jardín migueleño—y al intrépido y bizarro Juan Quintanilla, sobresalía, por lo estravagante de la figura, un hombre montado en un rocín que traía á la memoria al célebre manchego.

Don Pío, que también era de los que llegaban, se dirigió á este hombre que, por lo visto, no era aceptado en la sociedad en que se encontraba, dada la indiferencia con que lo veía el alegre grupo que esperaba á nuestros viajeros.

—Supongo, mi apreciable don Pío, que nadie mejor que usted se habrá batido; sin embargo, no veo su frente coronada por el laurel del triunfo.

Qué laureles ni que canastos. Pensando en usted venía, por cierto!

—Pues aquí me tiene, como siempre, dispuesto á servirlo mi apre-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

ciabilísimo abogado, lumbrera del foro salvadoreño y honra y prez de los jurisconsultos migueleños!

Gracias, mi amigo Sierra, usted me honra con calificativos que no merezco; pero—agregó bajando la voz—el asunto sobre el cual deseo hablarle, es sumamente delicado y no podemos tratarlo ante testigos.

—Entonces usted dirá á qué hora puedo esperarlo en casa.

—Hoy mismo, en cuanto oscurezca.

—Por lo visto se trata . . . .

—De un negocio brillantísimo.

Ambos licenciados siguieron hablando de las peripecias de la guerra hasta llegar á la plaza principal donde, después de ver recibir justìsima ovación del pueblo agradecido, se encaminaron cada uno de los que volvían de la campaña á descansar

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

á sus hogares, menos Quintanilla que en unión de sus soldados se dirigió al cuartel.

El individuo con quien se encontró don Pìo, era el licenciado don Benigno Sierra, que á pesar de su título de *Médico y Cirujano* era considerado como un simple parchero, pues nunca se supo que hubiera levantado del lecho del dolor á ningún enfermo.

Al oscurecer de ese día se encaminó el abogado, con impaciencia de llevar á término su miserable proyecto, que no lo dejaba tener un instante de reposo.

Sin preámbulos—dijo, al ver al médico Sierra—el asunto que aquí me trae nos hará salir de la miserable condición en que vivimos.

—Según eso . . . . . .

—Se trata de que desaparezca uno.

—De golpe ó á pausas?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Como se vé, el miserable médico tenía el alma tan negra como su compinche, pues no trató de enterarse de quien era la persona que debía desaparecer ni tampoco se inmutó ante el crimen en perspectiva.

—Así, asi, poco á poco, contestó don Pìo.

—Y en qué condiciones se encuentra el *elegido*?

—Algo indispuesto con motivo de los contratiempos sufridos en la guerra.

—Según eso, es de los que llegaron hoy?

--Nada menos que don Ascención Flores.

—Demonio! En ese caso, el asunto me parece grave.

Y no le parecerá grave al licenciado Benigno Sierra, embolsarse unos cuantos miles de duros?

—Veo, don Pío. que el negocio es tentador; pero también es nece-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

sario ponerme en antedentes concretos.

—Pues la cosa es la más sencilla del mundo. Figúrese usted que Flores, al marcharse á la campaña, hizo un testamento, de cuya confección . . . . . .

—Ya, ya, caigo, se ocupó usted?

—Algo; pero con astucia y mañaría que yo me sé, aparecerá mi nombre cuando se abra dicho documento, agraciado con ciertos legados de los cuales participará usted si, como espero, pone su talento al servicio de mi brillante idea.

—Así es que mi cometido en el presente asunto es . . . . . .

—Que el viejo se *salve* de la breve indisposición que tiene.

—Corriente. Y cuando debemos empezar el *tratamiento*?

—Ahora mismo, si es posible.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Diablo! quiere decir que el caso es urgente?

—Urgentísimo: pues si se deja pasar la presente ocasión, después nos será difícil.

—Entónces, espere usted.

El parchero empezó á registrar unos desvencijados cajones á la luz de una candela mechona; después de mucho revolver mugrientos papeles, encontró un envoltorio que contenía unos polvos color de ceniza.

—Aquì están, dijo á don Pío. Tome usted estos polvillos que puede aplicar á su enfermo, hoy mismo, en cualquier cosa. Esto, como comprenderá usted, no es más que para preparar el terreno.

—Y cuáles son las propiedades de este polvo?

—Por ahora, para que la indisposición se agrave un poco y, a-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

demás, para que no ceda ante ningún otro medicamento.

—— Pero lo demás, lo principal?

—Esta noche prepararé unas gotas que con solo que las aplique aunque sea una diaria, al cabo de seis días habrán producido el efecto que usted desea.

—Asi es que mañana. . .

Estarán listas para que usted se las empiece á dar en la misma noche; probable es que el estrago final le produzca en la noche también, y asi nosotros corremos menos peligro.

Después de este arreglo infernal, se despidieron el tinterillo y el parchero, dándose cita para el siguiente día á la misma hora.

De allí se dirigió don Pío por una calle estraviada y oscura, á casa de su íntimo amigo Anacleto Mercado, á quien encontró nada menos que resumiendo las diferentes par-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

tidas que el abogado le debía, para presentarle la cuenta en su oportunidad.

—Veo, mi apreciable señor don Anacleto, que su ocupación favorita son los números.

—Adelante, mi joven amigo! y ante todo, déjese felicitar de este viejo que, no porque viva pensando en los nùmeros, deja de apreciar el mérito de los valientes que vienen de batirse.

— Dejemos eso, don Anacleto, y dìgame: ¿á cuanto asciende mi crédito á su favor?

—Poca cosa, para un millonario en ciernes. De la feria de Ceniza del año pasado, á la fecha en que estamos, su crédito á mi favor con capital é intereses asciende á la friolera de once mil y pico de pesos.

—Poco más ó menos?

—Exactos, amigo mío.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Pues bien: segùn mis cálculos. de los que usted tiene algún conocimiento, no pasarán muchos dìas sin que le haya solventado ese pico y el de doscientos más que necesito con urgencia.

—Pero hombre, usted quiere dejarme completamente en la calle?

—Nunca son tan importunos los *pesos*, cuando de dinero se trata, amigo Mercado.

—Serán, no lo dudo, para el que los solicita; pero el que abre su bolsa tiene que hacer más en ella, hasta no ver que asegura á satisfacción su dinero, amigo Pocasangre.

—Y si yo le dijera que por once, usted recibirá veintidos mil?

Es condición innata de los usureros, regatear á sus *clientes* hasta que éstos llegan á ofrecerles una suma que halague su ambición; una vez conseguido ésto, ya no se fi-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

jan si quien los busca, les pagará lo ofrecido, ni tampoco de qué manera se valdrá para efectuar el pago. El tanto por ciento, he allí el supremo ideal de estos entes descarados, escoria vil de la sociedad en que viven.

Es por esto que, cuando don Anacleto oyó decir á Pocasangre que en lugar de uno recibiría ciento, apareció en su semblante sin pudor, la satisfacciòn de la codicia colmada, y sin vacilar entregó á don Pío el último préstamo que le hacía.

—Bien, don Anacleto, hoy mismo emprenderè la campaña, de cuyos felices resultados usted será el más aprovechado.

—Pero nada me cuenta usted de las peripecias de la guerra?

—Eso será después, don Anacleto, lo que es hoy es urgentísima mi presencia en otra parte.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—En ese caso, puede usted marcharse, que no seré yo quien lo detenga.

—Hasta la vista, pues.

—Adios, mi apreciable licenciado.

—A la verdad que este abogado se está metiendo en un lìo que no comprendo. Cuando marchó á Coatepeque me habló de que el señor Flores lo heredaría; pero por lo visto, éste no tiene esperanza de morirse. Verdadero cándido he sido al darle tanta plata á este tinterillo; pero ahora ya está y lo hecho hecho, como dice el refrán.

Tal dijo don Anacleto, cuando Pocasangre hubo dado la vuelta. —

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

XII

Ocho días tenía don Juan Quintanilla de haber regresado, cuando asuntos importantes del servicio, que nunca se hicieron públicos, lo obligaron á marcharse precipitadamente por el lado de Pasaquina.

Tal ausencia fue para el abogado Pocasangre un triunfo feliz, pues la presencia de Quitannilla en casa del señor Flores lo tenía inquieto, ya que el joven Coronel no se separaba ni un instante del lado del enfermo, quien en lugar de mejorar empeoraba, aunque no había queri-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

do tomar cama, pues juzgaba la enfermedad como una simple dolencia.

Como el joven Coronel no veía con buenos ojos al abogado, desde que en Coatepeque descubrió sus bajas intrigas, el rábula no había podido presentarse descaradamente, como deseaba y cumplir las instrucciones recibidas del médico Sierra; asi es que al marchar Quintanilla, lo primero que hizo el tinterillo, fue aplicarle unas cuantas gotas del brevaje preparado por el parchero, dando por resultado tal precipitación que el señor Flores permaneciera en el lecho y la consiguiente alarma de doña Cándida y Elena. Sinembargo, don Ascención no dió importancia á la gravedad á pesar de sentirse mucho peor.

En estas circunstancias tan favorables para el miserable Pocasan-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

gre, propuso la presencia de un médico, indicando que el licenciado Benigno Sierra, era una persona de profundo saber y de extraordinarios conocimientos en la medicina. Si usted gusta, dijo á doña Cándida, yo mismo iré á llamarlo.

—No pudiera venir otro que no fuera ese?

—Como usted guste; pero por lo que es del saber del licenciado Sierra, puedo yo responder.

—Pues que venga, ya que no hay otro.

—Al momento voy á traerlo.

El tinterillo salió de casa del señor Flores, como alma que lleva el diablo, y jadeante y sudoroso, llegó á la del médico, á quien por todo saludo le dijo:

Nuestro triunfo será más brillante que el obtenido en los campos de Coatepeque. Regocíjese usted, ami-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

go Sierra, por la buena nueva que le traigo.

—¡Qué! ¿ya tan pronto?

—No todavía; pero és como si ya estuviera. Figúrese usted que la presencia de Quintanilla me habia impedido suministrar el específico conforme á las instrucciones que usted me dió; pero éste se ha marchado y en el momento le apliqué al amigo aquel, tres gotas; hoy no ha podido levantarse del lecho y dice que siente desvanecimientos extraños. Además doña Cándida ha consentido en que lo vea un medico, y, ¿quién creerá usted que irá á verlo?

—No acierto.

—Usted amigo mìo, usted en persona!

—En ese caso, el viejo Flores no tardará en pasar á mejor vida.

—Vamos allá, pues, lo más pronto posible, antes que el diablo se meta en este asunto, en el que nos

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

guía tan justisísima ambición.....

Desde aquel momento, don Ascención Flores, podía considerarse muerto, si la Providencia no venía con su omnipotente poder á confundir á aquellos miserables, que de manera tan vil y cobarde intentaban apoderarse de sus bienes, pasando para ello sobre su cadáver.

Constituido en médico de cabecera del enfermo, que no sentía más que desvanecimientos y ligeras contracciones de nervios, el médico Sierra dijo que el caso era gravísimo, porque el cerebro había sufrido mucho con motivo de los azares de la guerra; pero que tampoco era cosa de desesperarse.

Vulgaridades de curandero, de los labios del Galeno adulterado, no se oyó ni un solo término científico que acreditára sus conocimientos en la ciencia de curar.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Desde aquel momento el infernal tratamiento del médico Sierra, fué puesto en práctica aprovechando la ausencia de Quintanilla, pues si éste hubíera estado, aquellos miserables no se habrían asomado ni á los umbrales de la casa, que su ambición descarada los llevaba á cubrir de luto y desconsuelo . . . . . .

. . . . . .

Estamos en la misma noche en que don Anacleto Mercado, llegó á enterarse del estado del enfermo. habièndolo recibido el tinterillo en el despacho del señor Flores, donde celebraron aquella entrevista en la cual aseguró don Pío que esa misma noche el paciente se *salvaria*.

No repetiremos aquì toda la conversación sostenida por aquellos vampiros, sedientos del dinero ageno y que queda consignada en el capítulo primero; volveremos única-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

mente al instante en que se despidió el usurero Mercado, con intenciòn de volver, pues ya repercutia en sus oídos el halagador sonido del dinero.

El sirviente que recibía á las personas que llegaban á casa del señor Flores con motivo de su enfermedad, recibiò encargo especial de don Pío de conducir al despacho del Gobernador á aquel señor con quien acababa de hablar, ó sea don Anacleto Mercado—y cuando venga—agregó el tinterillo, me avisas.

Esta consigna, no podìa menos que cumplirse . . . . . .

Una hora después que el sirviente recibió tales instrucciones, se presentó nuestro antiguo amigo el Capitán Contreras y como aquel no lo conocia y además se encontraba aturdido por las tantas noches de desvelos confundió á Contreras con

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

don Anacleto, á quien tampoco conocía.

Sin darse cuenta, pues, de la gran diferencia entre ambos personajes y cumpliendo el encargo del abogado, el sencillo sirviente, condujo al Capitán al despacho del señor Flores, diciéndole á la vez que esperára, que no tardarìa en llegar don Pío, quien por el momento se encontraba en la cabecera de don Ascención.

Contreras escuchó al sirviente sin decir la menor palabra, aunque contrariado por aquel recibimiento algo estraño y algo que no favorecía al abogado pasó por su mente; pero, sin embargo, esperó oculto en la sombra que proyectaba un armario.

El pecho del generoso capitán hervía de una manera violenta, y sin esplicarse la causa, vinieron á su memoria la repulsión y antipatìa que en Coatepeque sintió por el

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

abogado don Pío, cuando éste llegó á picar el amor propio de nuestros jóvenes militares con aquello de los ascensos.

Inquieto ya Contreras de tanto esperar, oyó pasos precipitados que se dirigían al lugar donde se encontraba.

Un minuto más, y el abogado se lanzò á la habitación y sin esperar á que el Capitán hablára y confundiéndolo con el usurero, le dijo con acento infernal:

—¡¡Somos ricos don Anacleto, el viejo ha muerto!!

—Ya!! exclamó Contreras, sin salir de la penumbra que formaba el armario al intertceptar la luz, y conteniéndose á duras penas, guardó silencio.

—Sí, y en la confusión que reina me apoderaré del testamento, pues aquí tengo la llave del mue-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

ble donde se encuentra; al decir esto blandió la llave como inmortal trofeo.

Contreras no pudo contenerse más y saliendo de la oscuridad donde se encontraba, se lanzó sobre el abogado y le arrebató la llave, á la vez que con acento de huracán le dijo:

—Basta ya de infamias, miserable tinterillo; hoy mismo me explicará usted su conducta criminal y rastrera.

El terror enmudeció al tinterillo; un temblor nervioso y cobarde lo estremecìa ante la figura del arrogante Capitán.

Viendo que don Pío permanecía sin hablar la menor palabra, y temblando como si un rayo hubiera estallado á sus pies, Contreras avanzó un paso y agarrándolo del cuello, tras una fuerte sacudida le dijo á la vez:

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

—Nunca me inspiró la conducta de usted nada que se roce con las leyes del honor y la honradez, y hoy esa desconfianza está plenamente justificada con el miserable crimen que acaba de cometer, pues no otra cosa se desprende de las satánicas palabras pronunciadas por usted, creyendo que se las dirigía á un cómplice. Dios que vela porque los crímenes no queden impunes, ha permitido que ante mí cayera la máscara hipócrita con que siempre se ha cubierto usted y contemplára con horror toda la podredumbre que guarda en los pliegues de su alma corrompida, el que por sarcasmo se titula abogado, no siendo más que escoria vil y despreciable. Hable usted ó aquí mismo lo estrangulo.

El mismo silencio fue la contestación á esta amenaza.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

El furor de Contreras llegó á su colmo al ver la hipócrita actitud del tinterillo, que harto manifestaba su criminal conducta.

Otra sacudida más fuerte, hizo que el rábula exclamara:

—Pero jo . . . ven . . . cua..., . . les son sus in . . . .tenciones?

—Éstas, contestó el Capitán, y con fuerzas plutónicas estrelló contra el pavimento al miserable rábula . . . . . .

En esos momentos se oyó un tropél de bestias que se detenían en el zaguán de la casa y al momento se presentó el Comandante General del departamento, Coronel Juan Quintanilla, de vuelta ya de su escursión por Pasaquina.

Como se había de dirigir á otra pieza cualquiera, quiso la mala suerte del tinterillo, que Quintani-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

lla entrara al despacho del señor Flores.

El cuadro que á su vista se presentó no podía ser más desgraciado en cuanto al abogado Pocasangre, pues el infeliz se encontraba á los pies del Capitán Contreras y èste semejante al genio del exterminio, lo amenazaba con pulverizarlo á puñetazos.

—Que pasa aquí que todo lo encuentro en confusión lamentable, sin que aun pueda explicarme la causa?

—Lo que pasa, Coronel, es harto sensible; pero Dios que está en todas partes, ha puesto en nuestras manos al director principal de los criminales.

—¡¡Don Pío!!

—Si, este ente por quién siempre sintió mi alma profunda y particular aversión, es el que ha dirigido

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

el asesinato del señor Flores, pues sus mismas palabras lo han descubierto.

—¡Cómo! ¿El señor Flores asesinado?

—Si, por cierto, y para apoderarse de sus bienes.

—¡Ah tinterillo abominable! ahora comprendo aquellas solapadas exigencias que en unión de Bermudes desplegaba usted en la capital para que yo concurriera á la guerra, pues usted no tenía el valor suficiente para enfrentarse ante mí! ¡Pobre Coronel! El amor que sentìa por Elena no le hizo comprender que se asociaba al más empedernido criminal.

Quiso hablar el abogado, pero Contreras no le dió tiempo para ello.

Quintanilla continuó:

—Negará usted, miserable rábu-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

la, que en Coatepeque fue usted mismo quien se encargó del extravío de mis cartas, según habían convenido con Bermudes, fomentando así el amor insensato y descabellado que el Coronel sentía por Elena? ¿Negará usted que al darme aquel infernal consejo, consistente en pedir el empleo de Capitán de compañía, era con la idea menguada de que una bala diera cuenta de mí, pues harto le estorbaba para llevar à cabo sus criminales planes?

Bermudes fue demasiado cándido para dejarse envolver en la diabólica trama tegida en la mente tenebrosa de usted, infame tinterillo. Compadezco al difunto Coronel con toda mi alma, pues si acaso se extravió del sendero del honor, fue instigado por el hombre vil que paga con un crimen los favores recibidos en esta casa.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Desde aquel momento el abogado se creyó perdido, pues la candente mirada de Quintanilla, presagiaba nada menos que el cadalso.

El acento terrible del joven Comandante, repercutía en los oídos de don Pío, semejante al lúgubre chirrido del grillete.

—Y aun vive este infeliz tinterillo, repitió Quintanilla con voz y ademanes tales, que Pocasangre creyó llegada su última hora.—A ver, mis ayudantes—agregó, lleven á este bandido criminal á la carcel que ya tiempo debiera estar ocupando, y que quede bien asegurado.

—Que lleven también al parchero Sierra, pues él es el médico que ha asistido al señor Flores, ordenó el Capitán; pero el parchero había desaparecido al principio no más de ser descubierta la infamia de que había sido el principal factor.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

En la misma noche fue preso también el usurero don Anacleto Mercado, en ocasión que se dirigía á casa del señor Flores á saber el resultado final de la intriga, pues de las palabras pronunciadas por el abogado, creyendo que se las dirigía al usurero, le resultaba á éste una responsabilidad, que hasta allí no podía esclarecerse; pero sí daba motivo más que suficiente para que el agiotista fuera preso.

Aun no le pasaba el estupor y la zozobra al intrigante abogado, cuando oyó rechinar los goznes de la puerta del calabozo donde se encontraba.

—¡Muerto soy! por piedad, no me maten así! exclamó el infeliz, creyendo que Quintanilla mandaba ejecutarlo sin forma de juicio.

—No se altere usted, mi *notabilísimo abogado* le dijo uno de los que

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

llegaba, no hacemos más que traerle un compañero; y diciendo ésto, empujaron al fondo de la prisión al usurero Mercado.

Ni una palabra se cruzó durante el resto de aquella noche, entre el tinterillo y el usurero Mercado, pues á ambos les aterrorizaba la idea del cadalzo; y á fé que no merecían otra cosa. Además, la oscuridad del calabozo, no les permitió conocerse, sinó hasta el amanecer de ese dìa en que destinaron al abogado á otra prisión, pues se había cometido la imprudencia de poner juntos á ambos criminales; pero de nada les sirvió estar juntos, pues como se ha dicho ya, ni uno ni otro hablaron toda la noche. . .

¿A qué pintar la dolorosa confusión que el tristísimo acontecimiento produjo en el antes feliz hogar del señor Flores?

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

Quede la interpretación del acervo trance para las almas sensibles; para aquellas que se han extremecido al sentir el gélido aire que produce el aletazo cruel de la muerte; cuando en medio de angustiosas y supremas ánsias, se lleva de nuestro lado á los seres á quienes, después de Dios, les debemos la vida.

Hay cuadros ante los cuales la pluma se declara impotente para describirlos: uno de éstos era el que presentaban doña Cándida y Elena, imprimiendo sus candentes besos en los labios del frìo cadáver de don Ascencion. ¡Ah, y cómo querìan aquellas dos criaturas desventuradas, en los transportes de su dolor sombrío, infundir con su aliento, nueva vida á aquellos despojos idolatrados, rígidos ya é invadidos por el hielo de la muerte! . . . . . .

Ambas fueron separadas de aque-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

llos restos adorados, casi moribundas . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

PARA CONCLUIR.

En la preciosa finca "La Ventura", propiedad que fué del difunto señor Flores, á quien se recordaba con gratitud y cariño, se veía algunas tardes, á una joven pareja paseando por un prado cubierto de *flores del campo*, precedida de dos juguetones y encantadores niños. Esa joven pareja lacomponía Juan Quintanilla y Elena Flores quienes, pasado el duelo producido por la muerte del padre de la joven, se unieron ante el altar del Señor, por medio del sagrado lazo del matrimonio, realizando así el sueño feliz de dos al-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

mas que habían nacido la una para la otra.

En cuanto á los criminales que con su horroroso atentado cubrieron de luto no solo á la apreciable familia del señor Flores, sino también á toda la sociedad migueleña—diremos que el empedernido usurero, el antes don Anacleto Mercado, se veía algunos años después, mendigando por la calle para poder vivir, pues los hombres á quienes había prestado el producto de su depravado negocio, ninguno le hizo efectivo el pago, porque.....¡cosa rara! no exigía más que el doble de lo que prestaba, sin cuidarse de que los pagarées que le otorgaban fueran ó nó en regla.

El rábula ó sea Pocasangre, logró evadirse de la cárcel á los dos años de estar preso; pero de nada le sirvió tal evasión, pues al dirigirse á la República de Honduras y creyen-

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

do que lo perseguían de cerca, se arrojó al Río Grande en ocasión que se encontraba crecido, siendo arrasdo por la impetuosa corriente. El cadáver fué encontrado á las orillas del caudaloso río cuando los *zopes* empezaban á dar cuenta de él. ¡Pobre tinterillo! si se salvó de la justicia de los hombres, nunca podìa salvarse de la justicia divina, pues jamás los criminales se quedaron impunes ante ella.

Del médico Sierra jamás se supo cual fué su paradero.

Cuando doña Cándida supo el desastroso fin del abogado, brotaron de sus labios aquellas frases del verdadero cristiano:

—Dios lo haya perdonado!

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR

IMPRENTA

"Arévalo"

Situada en el portal frente al costado oriental del Mercadito de Sta. Lucía

Este establecimiento ensanchado considerablemente con toda clase de elementos, ofrece al pùblico y principalmente al comercio, modicidad en los precios, un trabajo esmerado y prontitud en las ejecuciones.

Especialidad

en bloks, facturas, cuentas de comercio, talonarios, participaciones, menús tarjetas, etc. etc.

Material nuevo para folletos, periódicos, memorias, libros, etc.

Los agentes de "El Siglo XX" en los departamentos están autorizados para contratar trabajos, los que serán enviados por encomienda postal.

También se reciben ordenes en las oficinas de "El Siglo XX" situadas en la misma Imprenta.

Adrián M. Arévalo.

BIBLIOTECA NACIONAL DE EL SALVADOR